



MADURÉ (Indostan).—Barbero indio. (Pág. 340).

CEYLAN.

La India, santificada por los trabajos de san Francisco Javier, ve madurar hoy la cosecha, y probablemente no transcurrirá mucho tiempo sin que esas Misiones florecientes vean organizar la jerarquía eclesiástica. La isla de Ceylan forma una de las preesas de esas Iglesias; así es que la siguiente Memoria del eminente obispo de Colombo, Ilmo. Bonjean, oblató de María Inmaculada, interesará vivamente á nuestros lectores.

I.—LA ISLA DE CEYLAN.

SITUADA esta isla en el extremo meridional de la India, de la que la separa el golfo de Maanaar, extiéndose al 5° 56 y al 9° 48 latitud Norte y entre el 77° 34 y 79° 40 longitud Este de París: su longitud es de 360 kilómetros; su mayor anchura de 190, y su superficie de 64,000 kilómetros cuadrados. Su clima es seco y caliente al Norte, húmedo y templado al Sur; en las provincias marítimas del Oeste y del Sur, que forman el vicariato apostólico de Colombo, las variaciones del termómetro son de 24 á 36 grados. Durante la mayor parte del año el calor está allí agradablemente templado por las brisas del mar. Salvo las invasiones periódicas del cólera y las fiebres en algunos distritos pantanosos, el clima es generalmente salubre, bastando algunas precauciones higiénicas para conservar la salud. En toda la parte de la isla que pasa de la latitud del cabo Comorin el país es fértil; el Norte, por el contrario, es seco y árido: las llanuras del interior están cubiertas de bosques, guarida del elefante, del oso, de la pantera, del jabalí y de otros animales: las montañas del centro se elevan á una altura que varía entre 1,000 y 7,000 piés sobre el nivel del mar. En esos montes desbrozados por colonos europeos se extienden

Año VI.—N.º 137.

las vastas plantaciones de café, que hasta el año 1878 fueron la prosperidad de la isla; pero que han sido despues enteramente devastadas por un insecto microscópico cuyos estragos la ciencia no logra contener.

Ceylan es la Taprobana de los antiguos. Conocida desde la más remota antigüedad de las naciones europeas, con las que tenia relaciones comerciales regulares, era célebre por sus piedras preciosas, sus perlas, su canela, sus aromas y sus especias. Largo tiempo fué considerada como el extremo del mundo por la parte de Oriente, y se le atribuyó una extension prodigiosa.

Los antiguos habitantes de la isla sólo están ahora representados por la tribu de los veddahs que viven en el estado de puro salvajismo en el fondo de los bosques, huyendo todo contacto con las otras razas.

La poblacion dícese que excedia en otro tiempo de diez millones. Guerras de exterminio causaron la destruccion de receptáculos y canales que fertilizaban el corazon del país, y convirtieron en desierto las ricas comarcas en las que dominó, con esplendor incomparable, la antigua Anuradjapura, la ciudad santa del budismo. En nuestros días la poblacion de Ceylan no llega á tres millones.

A principios del siglo XVI las comarcas marítimas de Ceylan fueron conquistadas por los portugueses. De ellas les despojaron los holandeses cien años más tarde, para ser á su vez desposeidos por los ingleses en 1795. Desde entonces la isla ha quedado sujeta á la Gran Bretaña, de la que forma una de las mejores colonias. Bajo la dominacion inglesa la civilizacion europea ha hecho grandes progresos en Ceylan: la lengua inglesa es muy cultivada por los indígenas, mas el comercio y la industria están en manos de los europeos. Los impuestos son cada año más pesados; y á pesar de sus

15 Setiembre 1885.

numerosas escuelas, de sus buenos caminos, de sus excelentes puertos, de sus ferrocarriles y de su gran número de periódicos, Ceylan ya no es ni será nunca Eldorado que seducía la imaginación de los poetas y tentaba la codicia de los comerciantes.

II.—EL CRISTIANISMO EN CEYLAN.

Sin tomar en cuenta las tentativas de evangelización de los siglos precedentes, de la que no quedaban vestigios cuando el apóstol de las Indias abordó en la isla, á san Francisco Javier hay que atribuir la introducción del Cristianismo en Ceylan. Su expansión fué maravillosa y rápida: allí, como en todos los países, la semilla evangelica fué fecundada con la sangre de los mártires. Desde el principio setecientos neófitos en Manaar y muchos miembros de la familia Real en Jaffna sellaron con el sacrificio de la vida su fe en Jesucristo, y apenas había transcurrido medio siglo cuando los cristianos se contaban por centenares de miles en las provincias marítimas. Todo el país estaba en vísperas de ser enteramente católico, cuando pasando el poder de los portugueses á los holandeses, el infierno desencadenó una de las más crueles, hábiles y largas persecuciones que registra la historia de las Misiones de la India. Los misioneros fueron desterrados ó perecieron en atroces suplicios: la profesión del Catolicismo fué declarada crimen de alta traición. Todas las cristiandades, puestas en las listas oficiales de los calvinistas, no pudieron practicar su religión sino ocultamente y los bosques ó los desiertos fueron su asilo: este estado de cosas duró más de ciento cincuenta años. A pesar de esto, cuando en 1796 la isla pasó á los ingleses y se proclamó la libertad de conciencia, contábanse todavía en Ceylan 50,000 católicos. El fenómeno que se ha producido en el Japon, de cristianos privados de todo auxilio religioso, y conservando su fe intacta durante muchas generaciones, se realizó también en Ceylan, donde á principios de este siglo encontráronse en bosques hasta entonces inexplorados las dos pequeñas cristiandades de Galgama y de Vaha-Kotta observando de la Religión todo lo que no exige absolutamente el ministerio del sacerdote: el jefe de aquellos interesantes pueblos era el jefe de la religión; él bautizaba los recién nacidos, instruía á los niños, leía las oraciones, y presidía los casamientos y entierros.

Hasta el año 1842 la cristiandad de Ceylan fué administrada por sacerdotes goaneses del Oratorio de san Felipe Neri. Mientras la casa-matriz subsistió en Goa, estos sacerdotes fueron la edificación del pueblo con su conducta: dos de ellos, José Vaz y Santiago Gonzalez, habían, aun en medio de la persecución, sostenido y propagado la fe por sus trabajos verdaderamente católicos; pero por desgracia los Padres del Oratorio fueron comprendidos en el decreto de Pombal que proscribía las Ordenes Religiosas, y degeneraron de su primitivo fervor, con honrosas pero rarísimas excepciones, y entonces empezó para la Iglesia de Ceylan un período de profunda degeneración.

Al mismo tiempo que se concedió á Ceylan la libertad de conciencia, fué invadida la isla por las Sociedades protestantes. Estas, protegidas y sostenidas por el Gobierno inglés, ricas en recursos, invadieron la isla, y sea por el atractivo de la novedad, sea por el cebo de la educación que ofrecían gratuitamente á todas las clases,

lograron reunir en sus clases lo más escogido de la juventud, tanto católica como infiel.

Semejante situación era peligrosísima. A esos enjambres de predicantes, ricos, hábiles y aun sabios, y siempre más ardientes para la perversión de los católicos que para la conversión de los infieles, la Iglesia no podía allí oponer más que unos veinte sacerdotes goaneses sin instrucción, sin educación, sin celo, de conducta generalmente poco edificante y de fe bastante sospechosa. Observábase ya que el veneno de la herejía, inoculado á los niños en la herejía y esparcido en todas partes por medio de la prensa, había alterado la fe de los católicos. A la persecución abierta, éstos habían contestado con la resistencia; pero las seducciones pérfidas de los nuevos sectarios les encontraron menos fuertes.

En 1836 el papa Gregorio XVI erigió la isla de Ceylan en vicariato apostólico dependiente directamente de la Santa Sede. Desde aquella época los Oblatos de María Inmaculada han trabajado allí con celo, y hoy se cuenta en el vicariato de Jaffna de 75,000 á 85,000 fieles, 23 Misiones, 38 misioneros, 113 escuelas, 1 colegio, 3 conventos, 4 huerfanatos y 1 diario católico.

El vicariato de Colombo, servido por los Silvestrinos, tuvo también considerable aumento.

La ruina de la industria ha llevado gradualmente el país al estado de miseria en que se halla al presente, lo que ha sido un contratiempo para la Misión de Colombo, que sólo se apoyaba en los recursos locales.

En 1883 del vicariato de Colombo se desprendió la provincia central y formó el vicariato de Kandy.

Hoy la isla de Ceylan comprende tres vicariatos apostólicos:

Colombo, al Sur: población total 1.700,000; población católica, 115,000 á 120,000; misioneros, 29; alumnos en las escuelas católicas, 11,300; vicario apostólico, Ilmo. Bonjean, de los Oblatos de María Inmaculada.

Jaffna, al Norte: población total, 800,000; población católica, 75,000 á 85,000; misioneros, 38; alumnos en las escuelas católicas, 7,700; vicario apostólico, ilustrísimo Melizan, de la misma Congregación.

Kandy, en el centro: población total, 400,000; población católica, de 8,000 á 12,000; misioneros, 8; alumnos católicos, 452; vicario apostólico, Ilmo. Pagnani, de la Congregación benedictina de San Silvestre.

Ceylan, con la Misión de Verapoly, en la costa de Malabar, ocupa el primer lugar entre las Misiones de la India por la proporción de los católicos relativamente á la población total, y el vicariato de Colombo ocupa la misma posición entre los vicariatos de la isla. Hay en Ceylan un católico por cada catorce habitantes. En ciertos lugares, como en Negombo, la población es casi enteramente católica.

La cifra de los católicos se ha aumentado de 80,000 en el espacio de los últimos cincuenta años, y sigue una progresión siempre creciente: cada año ve la grey de Jesucristo aumentarse con un millar de neófitos; y si el escaso número de misioneros, ya insuficiente para el cuidado de los cristianos, no les pusiese en la imposibilidad de evangelizar directamente á los infieles que les rodean, es indudable que las conversiones se multiplicarían. Hoy, no pudiendo ir en busca de los infieles, tenemos que contentarnos con recibir á los que espontáneamente se nos acercan.

Se ha dicho que los budistas no eran accesibles á la

predicacion evangélica: esto puede ser cierto en Birmania, en Siam, en China y en el Tibet, donde la religion nacional tiene el apoyo de los soberanos indígenas y los cristianos están en número escasísimo proporcionalmente á la poblacion general; mas es un aserto al cual los hechos dan un elocuente mentís en el vicariato de Colombo. Si en la provincia del Sur de este vicariato contamos apenas 2,000 católicos en una masa de 500,000 budistas, débese á que esta provincia es un terreno enteramente nuevo: durante muchos años no ha tenido más que un *solo* misionero retenido en Punta de Gales para el cuidado de los católicos del ejército y de una pequeña congregacion de europeos y criollos.

Acerca nuestros cristianos ceylaneseos pudiéramos decir muchas cosas que no dejarían de despertar simpatías en su favor. Mencionaríamos el entusiasmo de este pueblo por su religion, su abnegacion á sus pastores, su piedad para con el santísimo Sacramento, su devocion filial á la Madre de Dios, su amor á la santa Iglesia y al Vicario de Jesucristo. Tales sentimientos no se traducen solamente en fiestas frecuentes y tan magníficas como lo permiten su pobreza, sino en actos importantes.

Muéstranlos imponiéndose pesados sacrificios para la construccion de sus iglesias y escuelas y para el mantenimiento de sus misioneros. Algunos dan el vigésimo, otros el décimo ó más del producto de su pesca ó de sus campos, y encuentran esto justo y natural. Mientras haya un sacerdote y la Misa en sus iglesias, están satisfechos; su vida social y nacional se encuentra en su religion. No creen hayan de esperar todo de sus hermanos de Europa, hacen lo que pueden; dan de su pobreza, y esto debe hacerles dignos de obtener auxilio para lo que su indigencia no les permite hacer.

Tal es este pueblo confiado á nuestro cayado y á nuestro amor de padre; sin duda tiene sus defectos, sus extravíos y sus faltas; es indio y tiene las debilidades de tal; mas ¿á quién no conmoverá su amor á la Religion? ¿Podría haber cristiano en Europa, agradecido á los auxilios espirituales que Dios le prodiga, que rehuse imponerse algun ligero sacrificio á fin de procurar á sus infelices hermanos desheredados de estos lejanos países, no lo superfluo, no la abundancia de socorros espirituales, sino lo estricto, lo absolutamente necesario?

TUNG-KING.

MARTIRIO DE UN SACERDOTE.

El Ilmo. Puginier, de las Misiones extranjeras de París, vicario apostólico del Tung-king occidental, escribió con fecha 13 de abril de 1885:

EL distrito del Norte, formado de las provincias de Son-Tay, Hung-hoa y Tuyen-Quang, comprende seis parroquias con una poblacion cristiana de doce mil almas. Cinco de estas parroquias son ahora asoladas por los Banderas negros y por fuertes partidas de rebeldes, que hacen causa comun con ellos. Seis sacerdotes han tenido que refugiarse en Son-tay para escapar de una muerte segura.

Uno de ellos, párroco de Hung-hoa, fué preso el 7 de abril, á seis kilómetros al Sur de esta ciudad. Huía tambien de los chinos con más de trescientas mujeres y niños de su parroquia, cuando al pasar el rio Negro

cayó en manos de una partida que les aguardaba. Sin embargo, las mujeres y niños no sufrieron daño alguno: los bandidos, viéndoles andrajosos, les dejaron libres, contentándose con llevarse atado al párroco y su doméstico. Ignoro la suerte de este sacerdote, y sólo he podido saber que lo han conducido á un pueblo ocupado por los Banderas negros; he procurado hacerle rescatar; pero á pesar de la fuerte suma que se ofrecia, no hemos podido obtener su libertad.

Más tarde, el 22 de mayo, el mismo Prelado escribía á los directores de la Obra de la Propagacion de la fe:

Mis temores respecto al sacerdote indígena preso el martes de Pascua, por desgracia se han realizado; ha sido muerto de una manera horrible. Despues de haber intentado hacerle rescatar con metálico, así que fueron conocidos los preliminares de paz pedí al general Briere de l'Isle, comandante en jefe, que escribiese al mandarin superior de las tropas chinas para que obtuviese la libertad de nuestro prisionero. Acababa de partir el correo portador de la carta del general, cuando recibí un telegrama que desde Son-tay me dirigía el P. Ricardo, diciéndome brevemente: *Párroco Cap* (nombre del sacerdote) *muerto por los chinos* (1). A los dos días recibí del mismo Padre una carta dándome detalles de la ejecucion.

Despues de su arresto, aquel sacerdote fué conducido sucesivamente á cinco ó seis fuertes ocupados por los chinos. A pesar de su edad avanzada (tenia sesenta años) y su estado de debilidad, pues las fiebres y las fatigas del ministerio en una parroquia montañosa y malsana, le habian quebrantado; á pesar de esto, digo, y de sus canas, le habian puesto la canga al cuello, y la debia llevar noche y día, aun en sus viajes. Por último lo condujeron á una fortaleza, distante tres jornadas de Hung-hoa, junto al rio Rojo, donde habia el cuartel general del jefe superior de los chinos.

El sacerdote habia podido conservar un crucifijo que traía en el pecho, y habiéndolo visto los chinos, le preguntaron qué era aquello. «Es mi Señor y tambien el vuestro,» les contestó. Entonces, por orden del jefe fué enterrado vivo, cabeza abajo y los piés arriba. Sus piernas salían del suelo desde las rodillas, y en aquellas ataron un cartel en el que habian trazado caracteres chinos cuya traduccion es esta: «Así serán tratados los seguidores de la Religion perversa.» Dejaron muchos días su cuerpo en tal estado, y personas que lo vieron han referido que la parte de sus piernas que salían del suelo estaba sumamente hinchada.

Lo cierto es que el sacerdote ha sido muerto por los chinos, y parece tambien cierto que fué enterrado vivo, pues muchos testigos lo afirman. Respecto á los otros detalles, han sido referidos por personas dignas de fe, y los transmito tal como han llegado á mi noticia, mientras espero poder interrogar á los testigos presentes á la ejecucion. Se me ha dicho asimismo que se quiso hacer apostatar al sacerdote, y que por su negativa fué condenado á muerte. No me ha sido aún posible comprobar estos hechos, debido á que los sacerdotes de las parroquias superiores no han podido volver á su puesto á causa de los rebeldes que continúan infestando el país y que son particularmente enemigos de los cristianos.

(1) Segun *El Progreso*, periódico de Madrid, este sacerdote es español y se llama Ricardo Cappa.

Antes de terminar este relato, debo añadir algunos detalles interesantes acerca el sacerdote de quien acabo de hablar. Le ordené sacerdote el 6 de enero de 1871, y enviéle como vicario á la parroquia llamada Dicephong, que comprende la provincia de Kiong-hoa y una pequeña parte de la de Son-tay. El número de cristianos de esta parroquia es próximamente de mil ochocientos, diseminados en diez y siete pueblos muy distantes unos de otros. No se necesita menos de una jornada para atravesar la parroquia de Norte á Sur, y lo mismo para ir de Este á Oeste. Seis cristiandades se encuentran internadas á lo lejos en las montañas, y sólo puede llegarse á ellas por caminos poco transitables y escarpadísimos. En resúmen, la parroquia de Dicephong es muy malsana y difícil de servir.

El expresado sacerdote pagó duro tributo á la aclimatación, y durante más de catorce años que ha estado en su parroquia, primero como vicario y despues como párroco, no pasó semana sin experimentar por lo menos un fuerte acceso de calentura, y con frecuencia tres y aun cuatro.

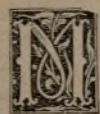
Era un modelo de abnegacion para asistir á los cristianos moribundos. ¡Cuántas veces fueron á buscarle en tiempo lluvioso, en ocasion en que él mismo padecía calentura, para asistir enfermos distantes siete ú ocho horas, debiendo pasar por pésimos caminos! Sin excusarse por estar tambien él enfermo y sin considerar las dificultades de la marcha, se hacia echar en su silla, y partía de noche, á pesar del mal tiempo, sufriendo el acceso de calentura en el viaje. En su vida de sacerdote cuéntanse á cientos los casos de abnegacion de este género.

Cuando supe su arresto, la pérdida de un sacerdote me era penosa, pero lo que más me afligia, era la idea de que en sus últimos momentos se vería privado de los Sacramentos de la santa Iglesia, él que habia mostrado tan grande abnegacion para asistir á los fieles en su lecho de muerte. Así, cuando recibí los informes de que he hablado arriba, aunque no he podido comprobarlos todavia, me he regocijado con el pensamiento de que nuestro Señor en su misericordiosa bondad le concedió seguramente gracias particulares para indemnizarle de la privacion de los últimos auxilios de la Religión. Así que me sea posible tomar nuevos informes, me apresuraré á comunicároslos. Entre tanto me recomiendo y recomiendo mi Misión tan castigada á vuestras fervorosas oraciones y á la de vuestros lectores.

MELANESIA Y MICRONESIA.

COMIENZOS DE LA MISION DE NUEVA-GUINEA.

La laboriosa Misión de la Melancia y Micronesia entra en un período de buenos resultados y de esperanzas. Parece ha llegado la hora de que aquella tierra, fecundada por la sangre y sudores del apostolado, dará á la Iglesia rica cosecha. El P. Verius, misionero del Sagrado Corazon, desde Thursday-Island (estrecho de Torres) escribe el 22 de abril último al procurador general de la misma Sociedad en Roma:



UCHAS cosas han pasado en nuestra Misión. Viendo que se acumulaban toda suerte de dificultades que nos impedían ir á Nueva-Guinea, resolvimos primero construirnos nosotros mismos un buque, y empezamos por una barquilla. El ensayo nos alentó, y con la gracia de Dios haríamos la grande como hemos hecho la pequeña embarcacion;

pero lo que nos falta son fondos. Vímonos, pues, obligados á recurrir á otro medio. El mejor hubiera sido comprar ó alquilar un buque; pero por la misma razon dicha esto era imposible. Puesto que nadie quiere ni puede conducirnos, ¿qué hacer?

—Pongámonos en manos de la Providencia, dijo el P. Navarre.

Entre tanto hacemos todo lo que está en nuestra mano para emprender serios trabajos en este distrito del estrecho de Torres. Todos los domingos celebramos Misa solemne á las diez. Se canta, se predica en español y en inglés, y nuestros excelentes católicos están satisfechos. Sólo nuestras voces son débiles y necesitamos un armonio. Está en camino una campana que los católicos han convenido en costear. Será la maravilla del país, y así que esté terminada la pequeña iglesia empezada, tendremos aquí una verdadera parroquia á la europea.

Acabo de hablaros de un armonio; pero diréis: «La música no es más que accidental en las Misiones.» Pues cabalmente es cierto lo contrario. ¿Qué queréis? hay que tomar los hombres como son, y esos salvajes y los manileños son verdaderos *dilettanti*. Con eso les atraeremos, y una vez en la capilla, con una palabra segura, firme y verdadera, demostrándoles interés, se hace de ellos lo que se debe.

El viernes por la tarde, como el domingo, nuestros católicos se reúnen para hacer el *Via crucis*. Os aseguro que os conmoviera ver á todos esos pescadores acercarse con la mayor sencillez á besar el Crucifijo como se hace el Viernes Santo. Los católicos de Manila son unos mil en las diversas estaciones de pesca en el estrecho. Están contentísimos de tener ahora á los Padres. A cada instante vienen á consultarnos y á referirnos sus penas. Es un verdadero ministerio, y así que tengamos una barca grande á propósito para alta mar, los visitaremos sucesivamente en sus diversas estaciones. Aprovecharémos esos viajes de dos ó tres días para visitar y reunir á los salvajes de diversas islas. Asimismo, tan pronto como nos sea posible tomaremos en nuestra compañía á uno de esos negros á fin de aprender su lengua, y en cada isla del estrecho nos harémos una cabaña que servirá de capilla y de refugio para el misionero. Si Dios nos concede la gracia de que podamos realizar en breve estos proyectos, el distrito de Thursday, que segun el intento del P. Navarre comprende todas las islas del estrecho de Torres, será el primero en el que se procederá regularmente á la evangelización de los negros.

No podeis imaginaros en que degradacion tan abyecta se tiene aquí á esos infelices salvajes. Los secuestran en ciertas islas, y cuando consienten en trabajar por los blancos, todo se cree permitido para con ellos, aun las más irritantes injusticias. A veces se les rehusa satisfacer lo estipulado con ellos, y se ven obligados á volverse con las manos vacías. Ya comprendereis si pueden amar á los blancos despues de tamañas injusticias: el resultado es que desconfían de todos en general, y aun no creen completamente en el desinteresado afecto que les profesamos. ¡Hay quien se queja aquí, en Nueva-Guinea, de la crueldad de los negros! Sin embargo, es incontestable que todos los siniestros no son otra cosa que represalias. Verdad es que con frecuencia pagan inocentes por culpables, pero no es menos cierto que nunca el negro ha atacado al blanco sin motivo de alguna venganza.

Nuestro ministerio para con los manileños empieza á producirnos algunos consuelos. Recientemente el Padre Hartzler ha tenido la dicha de convertir y bautizar un japonés que tiene aquí una posada, y le ha impuesto el nombre de Javier María. Por mi parte el mismo día tuve también el consuelo de administrar el bautismo á un negrito de cuatro años y medio. Es encantador. Su padre es un católico manileño tan negro como su mujer, que es una salvaje del país. El pequeñuelo se llama Antonio: su padre quiere dárselo, y lo aceptaremos cuando sea algo mayor.

Mucho convendría tener aquí un hospital, pues nos daría mucho prestigio en el estrecho y nos abriría muchas puertas para abordar las diversas islas donde queremos visitar á los católicos y á nuestros queridos salvajes. Más adelante os referiré una historia que os demostrará cuanto bien podríamos hacer con un hospital.

Sin duda tendreis ya conocimiento de todas las noticias de Sidney, á donde habia llegado el P. Hartzler. Las religiosas van á construirse una casa. El clima de Thursday sería excelente para ellas: es una verdadera Niza. Nunca frio ni transiciones bruscas, y nunca tampoco calor.

El general Scratchley, gobernador de la Nueva-Guinea, nos es muy conocido, lo mismo que su benevolencia para con la Mision; pero los alemanes han venido á embrollar la cuestion del protectorado, y ahora que las colonias Australianas ven lo que les cuesta anexionarse Nueva-Guinea, oponen mil dificultades para pagar las sumas prometidas.

El temor de otra complicacion de parte de Rusia lo tiene todo en suspenso. Prohibicion absoluta á los buques de que vayan á Nueva-Guinea. Las colonias en que escasean los brazos temen despoblarse. Nadie parte



MADURÉ (Indostan).—Fabricante de cestos y su mujer. (Pág. 340).

y nadie, ni siquiera con dinero, quiere conducirnos á Port-Moresby. Sin embargo, los protestantes que están aquí hace diez años, avanzan de continuo, y sabiendo que hemos de llegar, se apresuran á tomar todas las posiciones ventajosas por medio de sus catequistas negros. Ved en dos palabras su organizacion y plan.

Los misioneros protestantes son tres: uno de ellos, enviado como sus otros dos colegas por la Sociedad de Londres, ha confesado al P. Navarre, á quien ha hecho una visita, que su objeto no es convertir..... considera esto imposible; pero todo lo hace por el dinero, y se asombra mucho de que nosotros hayamos venido con otro objeto. Reconoce, sin embargo, que si el bien es posible, únicamente á nosotros nos será dable hacerlo, y no podrá él resistirnos. Para todo arreglarlo (y el P. Navarre ha creído que era lo mejor por el momento) se ha convenido en que nosotros sólo iríamos á don-

de él no esté, excepto Port-Moresby, pues allí nos es indispensable una casa-refugio.

Los tres ministros protestantes confiesan que no convierten á nadie. Todo lo que logran es hacer que se vistan los salvajes, enseñarles á leer y escribir, y señalar en el mapa las cinco partes del mundo. Todo esto es poca cosa, y gustosos les cederemos esta parte, con tal que nos dejen las almas. Uno de ellos habla de retirarse, y los otros dos acaban este año el tiempo de su empeño.

Voy á terminar refiriéndoos un rasgo de la divina Providencia que sin duda os complacerá.

El domingo último desesperábamos de ir á Nueva-Guinea. No habia medio que no hubiésemos intentado. Proyectámos primero ir con el *Elsea*, que todos los meses va de Thursday á Port-Moresby. Pero hé aquí que no puede partir. Trátase de alquilar una barca ve-

lera; pero imposible. Quiérese entonces comprar un barco, pues aunque el coste es mucho, el buque sería nuestro, y al cabo de algunos viajes quedaria sobradamente compensado. Desconfiando de poder partir en mucho tiempo, el sábado por la tarde el P. Navarre dijo á Nuestro Señor: «He hecho todo lo posible, y nada he logrado, ahora toca á Vos.»

Pues bien, al terminar la Misa el domingo, un caballero pide por el Padre superior.

—Padre mio, le dijo, soy capitán de pesquería en la isla Jorett. Há poco encontrándome en Cocktown muy enfermo, fui esmeradamente cuidado por el ilustrísimo Hutchisson, provicario apostólico de Queenslandia. Logré curar merced á sus desvelos, y cuando estuve restablecido le pedí cómo podría demostrarle mi agradecimiento. «Durante la enfermedad le he hablado á V., me contestó, de los misioneros del Sagrado Corazon establecidos en Thursday. Acabo de saber que inútilmente se esfuerzan por dirigirse á Nueva-Guinea. V. tiene un barco. Vaya V., condúzcalos, y me habrá dado V. pruebas de toda su gratitud.»

El buen hombre hizo luego lo que se le pedía, y vino expresamente de su estacion para ofrecernos sus servicios.

—Yo soy protestante, añadía, pero admiro á los católicos, sobre todo á los misioneros: Os presto mi barco por tres meses.

Juzgad cuál fué nuestra gratitud, y cuán útil seria á la Mision tener un hospital para todas las estaciones del estrecho. No nos faltaria clientela, y por los cuerpos ganaríamos muchas almas.

VIDA Y PERSECUCIONES

DE MONS. RIDEL, OBISPO DE FILIPÓPOLIS Y VICARIO
APOSTÓLICO DE COREA.

EL 21 de junio de 1884 la ciudad de Vannes estaba de luto; un inmenso cortejo de fieles y sacerdotes conducía á su postrera morada á un pontífice ilustre, que fué á la vez un gran misionero y un generoso confesor de la fe. Pero monseñor Ridel no pertenece solamente á la diócesis de Nantes que fué su cuna, á la de Vannes donde terminó su gloriosa carrera, á la Sociedad de las Misiones Extranjeras, de que no será una de sus menores glorias, y á la Corea, cuyo apóstol y padre fué. Pertenece á toda la Iglesia, pertenece á la Obra de la Propagacion de la fe. ¿Quién no ha leído el relato de los trabajos y sufrimientos del venerable Obispo? ¿Quién no ha admirado su indomable valor, la igualdad de su alma de la cual nada parecia triunfar y que inspiraba esa fe viva que transporta las montañas y esa caridad apostólica fuerte como la muerte? *Fortis est ut mors dilectio*.

Imposible es guardar silencio ante su tumba, y conviene que se pague un postrer tributo á la memoria del grande Obispo trascribiendo su gloriosa historia.

Mons. Félix Claro Ridel habia nacido en la diócesis de Nantes.

A su piadosa madre fué á quien debió su vocacion de misionero.

Cierto dia, siendo aún muy niño, jugaba á su lado cuando distinguió encima de la mesa un hermoso libro

azul: era un número de los *Anales de la Propagacion de la fe*.

—Madre, dijo, ¿hay historias en este libro?

—Sí, hijo mio: es un libro que refiere historias de misioneros.

—¿Qué son misioneros?

—Son unos sacerdotes que se van muy lejos, entre los pueblos salvajes que no conocen á Dios, para enseñarles el modo de salvar sus almas y de ir al cielo.

—Yo tambien quiero ir á decírselo, para que vengan con nosotros al paraíso...

Su madre le cogió entre sus brazos y le besó diciendo:

—¡Pobrecito! (1)

¿Tenia aquella piadosa madre el presentimiento del porvenir? Lo ignoramos; mas de todos modos, durante todo el curso de sus estudios, primero en el colegio *des Couets*, despues en el pequeño y en el grande seminarios de Nantes, y por último en San Sulpicio, donde los terminó, el futuro misionero manifestó constantemente el deseo de consagrarse á la evangelizacion de los infieles; hizo aún más, se preparó formalmente para ello.

Ordenado sacerdote en diciembre de 1857, hubiera querido entrar en seguida en el seminario de las Misiones Extranjeras; pero su obispo le impuso un año de prueba en el ejercicio del ministerio. El Rdo. Ridel supo utilizar este tiempo como una preparacion á la vida que debia abrazar más tarde. Imponíase toda clase de privaciones, prolongando desmesuradamente sus ayunos, haciendo á menudo largas marchas y rebuscando día y noche por doquier las fatigas, ensayando sus fuerzas como un luchador antes del combate. Al fin de ese año, ante sus reiteradas instancias, su obispo le permitió obedecer á la voz de Dios que le llamaba, y el Rdo. Ridel pudo al cabo, en julio de 1859, llamar á la puerta del seminario de la calle *du Bac*.

Un año más tarde, el 27 de julio, se embarcó para la Corea, donde no entró hasta el 31 de marzo de 1861, despues de haber corrido los mayores peligros.

En el momento en que el nuevo misionero abordaba en Corea, este país se hallaba poseido de un verdadero pánico, pues los franceses y los ingleses acababan de derrotar á las tropas del emperador de China, Pekin habia caído en su poder, y el Hijo del Cielo habia tenido que huir y habia muerto de pena y de vergüenza. Sabido es que el Gobierno coreo tenia tambien ciertas cuentas pendientes con los franceses, cuyos misioneros habia asesinado y cuyas creencias perseguia, y estaba al propio tiempo convencido de su debilidad. Gracias, pues, al temor que Francia le inspiraba, dejaba tranquilos á los misioneros y á los cristianos, á pesar de lo cual, éstos, naturalmente recelosos, seguían ocultándose, ejerciendo su ministerio ó practicando su religion en el mayor secreto.

Con el Rdo. Ridel habian penetrado en Corea otros tres misioneros. Este refuerzo llegaba muy á tiempo, pues las circunstancias eran más favorables, los cristianos eran más numerosos, y muchos infieles, á quienes hasta entonces el miedo habia contenido, pedían que se les instruyera, y con los dos obispos sólo habia tres misioneros, casi todos más ó menos enfermos. Fué grande

(1) Extracto de la oracion fúnebre de Mons. Ridel, pronunciada en la catedral de Vannes el 8 de julio de 1884 por el abate Main-gny, capellan castrense en Nantes.

su alegría, y sobre todo la del venerable vicario apostólico primero, á la llegada de aquellos auxiliares que la Providencia les enviaba. Pusiéronse éstos en seguida y animosamente á estudiar las costumbres y la lengua del país, y pronto se hallaron en disposicion de ejercer su santo ministerio. Por desgracia no tardó la muerte en hacer nuevas víctimas entre aquellos generosos obreros, y el Rdo. Ridel tuvo el dolor de ver cerrar los ojos á dos de sus compañeros de viaje, los Rdos. Joanno y Landre, que sucumbieron despues de sólo dos años de apostolado.

El Rdo. Ridel, merced á su vigorosa constitucion, pudo resistir á las fatigas, á los trabajos y á las privaciones.

Los lectores de las *Misiones católicas* han leído varias veces la relacion de los sufrimientos por que pasan, especialmente en Corea, los misioneros. Encargados de un vasto distrito compuesto de pequeñas cristiandades, diseminadas por todos lados, la más de las veces ocultas en montañas casi inhabitadas, durante la mayor del año han de recorrer estas estaciones para administrar los Sacramentos á los neófitos y disponer para el bautismo á los infieles que quieren convertirse. Casi sólo de noche pueden ponerse en camino y dedicarse á las funciones de su ministerio.

El invierno es riguroso, cubriendo el suelo una espesa capa de nieve; el terreno es quebrado, el país desierto, y constante el peligro de ser presa de las fieras ó de caer en poder de los satélites. Cuando, despues de haber recorrido aquellas soledades, llega el misionero al término de su viaje y penetra en la cabaña donde sus neófitos reunidos le esperan con impaciencia, ni siquiera encontrará allí el descanso que tanto necesitaba; tiene que distribuir á toda prisa el pan de la buena palabra y los auxilios de la Religion á aquellas buenas gentes ávidas de oírle y de recibir la gracia de los sacramentos. Además el tiempo pasa y el enemigo vela. Y cuando, olvidándose de sí mismo, se ha prodigado á todos, el misionero tiene que volver á empuñar el baston de viajero y reproducir en otra parte los mismos trabajos y soportar las mismas fatigas. El cuerpo está quebrantado; pero el alma recibe grandes consuelos en el ejercicio de este ministerio.

Tal fué la vida del Rdo. Ridel, vida que se acomodaba tanto á su celo y á su energía, vida además cuyos trabajos y sufrimientos á menudo bendecía Dios. Mas debia ser de corta duracion.

La Iglesia de Corea gozaba, como hemos dicho, de una paz relativa, cuando de pronto estalla la persecucion, y los misioneros son los especialmente designados al odio de los enemigos de nuestra santa religion. En pocas semanas los dos obispos, Mons. Berneux y Daveluy y sus siete misioneros, caen en poder de los perseguidores y vierten su sangre por Jesucristo. Tres tan sólo les sobreviven, y el Rdo. Ridel es uno de éstos. Pero sus filiaciones eran envidiadas á todos puntos, y habia orden de prenderles á toda costa.

¿Quién podrá decir los peligros que corrió y lo mucho que sufrió el animoso misionero durante los cuatro meses que permaneció aún en Corea? Aun cuando deseemos ser concisos, no podemos resistir al placer de citar algunos fragmentos de sus cartas.

«Al saber el martirio de Mons. Berneux, escribia á su familia, me puse en camino con algunos cristianos para llegar á Tsin-pat. Habia que pasar un rio. Un correo

del Gobierno se presentó al propio tiempo que nosotros para pasarlo. Entro el último yo en la barca, y vuelvome de espaldas para no ser reconocido. Entáblase la conversacion.

«—Yo, dice un infiel al correo, vuelvo de Tiei-tcheu, á donde fuí por el asunto de estos menguados europeos que se han cogido en la capital.

«—¿Los hay tambien en Tiei-tcheu?

«—Sí, responde el correo, hay dos; yo traje la orden de prenderles y han sido detenidos.»

«Y se puso á describirlos con tal precision, que comprendí fácilmente que se trataba de los Rdos. Pourthié y Petit-Nicolás. Mis cristianos azorados no osaban chistar: yo procuraba disimular.

«—¿Han cogido tambien á sus mujeres? añadió el primer interlocutor.

«—No tienen.

«—¿Pues cómo arreglan su casa?

«—¡Ah! no lo sé. Id á preguntárselo.»

«Esta reflexion hizo reír á los cristianos y privó que se notase su visible tristeza. Llegado á Tsin-pat, dí los Sacramentos á algunas personas, hice enterrar todos mis libros y efectos, y partí el 17 de marzo para ir á buscar á la ventura algun refugio. Andrés, mi propietario, me acompañaba con su mujer, sus hijos y un cierto número de cristianos.

«Aquella misma noche los satélites de la capital invadian á Tsin-pat, con orden expresa de prender al europeo que habitualmente residia allí, y todas las personas á su servicio.

«Despues de haber mudado varias veces de retiro, y gastado todo lo que poseia en mantener á los cristianos que me habian acompañado, me ví obligado á despedir á la mayor parte, y vine á refugiarme en una aldehuela en medio de montañas. Dormí durante quince días al lado de un hombre que tenia el tifus, y á la menor alarma, á cada visita que mis huéspedes recibían, me ocultaba bajo un monton de maderos.

«Allí fué donde, el martes de Pascua, supe la muerte de Mons. Daveluy. Por la noche los hijos de Andrés hablaban entre sí de esta triste noticia, y oí que Ana, su hija mayor, de doce años, decia á sus hermanitos:

«—Pronto van á venir á prender al Padre con papá y mamá; se nos llevarán y nos dirán: *Renuncia á la Religion ó voy á hacerte cortar en pedazos*. ¿Qué harémos?

«—Yo, contestó el mayor, diré: Haced lo que queráis, pero yo haré como papá: no renunciaré á Dios; y si me cortan la cabeza iré á casa de Dios.

«—Y yo, añadió el otro, diré al mandarin: Yo quiero ir al cielo. Si vos fuéseis cristiano tambien iríais al cielo; pero como haceis morir los cristianos, ireis al infierno.

«Entonces Ana, estrechando á sus dos hermanos entre sus brazos, les dijo:

«—Está bien: morirémos todos é irémos al cielo con papá, mamá y el Padre. Mas para esto es menester rogar mucho á Dios, porque nos harán mucho daño. Nos arrancarán los cabellos, los dientes y las manos; nos pegarán con un grueso palo, y el Padre dice que si no hemos rogado bien, no lo podremos aguantar.

«Algunos instantes despues el más jóven de los dos hermanos fué á encontrar á su madre.

«—Mamá, ¿tambien matarán al chiquitin? (su hermanito que no tenia más que catorce meses)...

«Cerca de mes y medio pasé en este retiro, envidiando la suerte de nuestros mártires, haciendo penitencia por mis pecados, que me privaban de la dicha de compartir su suerte, y meditando sobre todo estas palabras; *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*. Finalmente el 8 de mayo tuve noticias del Rdo. Féron, que se hallaba oculto á algunas leguas de mi retiro, y el 15, tras un viaje de noche, que no careció de peligros pude arrojarle en sus brazos.»

Hubo empero un momento de tregua en el mes de mayo; una gran sequedad asolaba el país, y hasta los infieles atribuían las calamidades públicas á la persecución y muerte de los misioneros.

Los Rdos. Féron y Ridel se habían refugiado juntos en un lugarejo de cuatro casas, en la vivienda de una pobre viuda con seis hijos de corta edad aún. El escondite era seguro, y esta mujer, á pesar de su escasez, á pesar del peligro que corría dándoles asilo, les había recibido y les conservaba con una cordialidad tan desinteresada, que permanecieron allí cerca de dos meses.

Reinaba el hambre en la región; los pobres cristianos del lugar cortaban la cebada verde aún y se alimentaban con ella. Los dos misioneros ensayaron este régimen, pero desde el primer día sintieron tan violenta indisposición que les fué preciso renunciar á él. Los cristianos reunieron sus últimos recursos, vendieron cuanto tenían y lograron proporcionarles dos fanegas de arroz.

Hacia el 15 de junio, los Rdos. Féron y Ridel tuvieron noticias de el Rdo. Calais, á quien creían muerto en las montañas, y pudieron comunicarse con él, y entonces de comun acuerdo decidieron que uno de ellos tenía que pasar á China, para dar á conocer los desastres que la Mision acaba de sufrir, y trabajar si era posible, para remediarlos. El Rdo. Féron, el más antiguo de los tres que por esta razón llenaba las funciones, de superior, designó al Rdo. Ridel para este viaje. El misionero obedeció, y dejó llorando su amada Mision de Corea.

«Hicimos preparar un barco, escribe, lo cual nos costó mucho trabajo, y al fin el día de san Pedro dejé de nuevo al Rdo. Féron.

«Por doquier había satélites, que guardaban todos los caminos; las aduanas vigilaban más que nunca, y los soldados de la capital requerían las barcas para el transporte de los materiales destinados á la construcción del nuevo palacio: otros tantos peligros que habíamos de evitar.

«Yo estaba oculto en el fondo de mi pequeño buque, montado por once cristianos decididos, y durante los tres días de navegación á través de las islas que bordean la costa, fueron grandes nuestros temores; pero Dios vino en nuestro auxilio, y la sangre fría de nuestro piloto nos sacó de apuros. Por último nos hicimos mar adentro; yo había traído una pequeña brújula, é indicaba el camino para deslizarnos en alta mar por las costas de la China. Mis pobres marineros no habían jamás perdido de vista la tierra, y no fué poco su terror cuando por la tarde no vieron en torno de ellos más que la inmensidad de los mares.

«Desencadenóse un furioso viento; aguantámos una borrasca violenta, y, durante dos horas, nos costó gran trabajo mantener nuestro buque.

«Figuraos una barquilla toda de abeto, con la clavazón de madera, sin un solo trozo de hierro en su construcción, con velas de hierbas trenzadas y cuerdas de

paja; mas yo la había titulado el *San José* y había puesto á la santa Virgen en el mástil, y á santa Ana por vigía.

«Al día siguiente, nada de tierra; al tercer día encontramos unas embarcaciones chinas: cobraba ánimos mi tripulación, pero la calma nos sorprendió. Por la noche tuvimos aún un golpe de viento que debió impelernos harto lejos en la buena dirección; el viento soplaba á intervalos de derecha á izquierda; henchíase el mar y azotaba los costados del buque: no veíamos á dos pasos en la oscuridad y caía una lluvia torrencial. Admiraba yo el valor de mi piloto; toda la noche se mantuvo en su puesto, sin querer ceder su sitio hasta haber pasado la tormenta, y conservando fielmente la dirección que yo le había señalado.

«Al fin cesó el viento, disipáronse las nubes, no quedó más que el vaiven, y el rojizo Oriente nos hizo presajiar en breve un hermoso día. ¿Dónde estábamos, dónde nos había echado la tempestad? Tal era la pregunta que nos hacíamos, cuando un marinero hizo notar un punto negro, que fué creciendo poco á poco: era una tierra en la dirección que habíamos tomado: no había duda, era la China. ¡Estábamos salvados!

«Señalóse despues un buque, y en breve reconocióse en su velámen un navío europeo, que venia hácia nosotros.

Dí orden de pasar cerca de él é hice izar una pequeña bandera tricolor que había tenido el cuidado de preparar antes de dejar la Corea. Era un bonito buque de tres palos: despues supe que era de Saint-Malo y que venia de Tche-fu. Al pasar le hice un gran saludo, y el capitán, que nos miraba atentamente, sorprendido al ver flotar una bandera francesa en una tan singular embarcación, que ni siquiera era china, me contestó con la mayor afabilidad, y despues, de orden suya, se izó la bandera.

Yo esperaba con viva ansiedad: era la bandera francesa, que por tres veces se elevó y se bajó para saludarnos. No es posible deciros lo que pasó en mi corazón. Pobre misionero, hacia seis años que no había visto compatriotas. Y en aquel momento, perdido en medio de los mares, sin conocer el camino, habría querido reunirme á aquel buque; pero sus velas henchidas por un viento favorable lo habían impelido ya á gran distancia.

«Por lo demás, era para nosotros un dulce consuelo. Todos mis marineros, que jamás habían visto un buque europeo, estaban admirados.

«—Padre, ¿son cristianos? Si ese buque fuése á nuestro país, todo el mundo huiría, se apoderaría de todo «y obligaría al rey á dar la libertad á la religion.»

«Pronto reconocí la costa; era el puerto de Weihai de donde había partido seis años atrás. Nos hallábamos en las costas del Chan-tong, en dirección de Tche-fu á donde quería yo ir. Llegábamos por consiguiente en línea recta, cual lo hubiera podido hacer el mejor buque con todos sus instrumentos náuticos. ¡Faltábanos sólo algunas leguas, pero el viento contrario no nos permitió abordar aquel día.

«El 7 de julio por la mañana vimos el puerto, y á medio día echámos el ancla en medio de buques europeos. En seguida nos vimos rodeados de chinos deseosos de ver á los coreos, á quienes reconocieron desde luego: yo descendí y me ví rodeado de una multitud que me acompañaba y miraba con curiosidad mi raro traje. Las

noticias que traía causaron sensación entre la colonia europea. Pasé sin demora á Tien-tsín, donde encontré al contra-almirante Roze que mandaba el crucero francés en las costas de China, quien me hizo una acogida benévola y me prometió su asistencia.»

Decidióse, en efecto, una expedición, que desagradables contratiempos retardaron de momento; sin embargo, se llevó á cabo, pero sólo consiguió agravar la situación de los neófitos y precipitar la ruina de aquella infortunada Iglesia de Corea. M. Ridet, que había acompañado á la escuadra francesa en calidad de intérprete, tuvo el dolor de asistir al fracaso de nuestras armas y de entrever sus deplorables consecuencias.

Al dejar por obediencia la tierra de Corea, no había podido contener las lágrimas.

Sin duda preveía que aquel destierro que para él co-

menzaba, sería de larga duración... y lloraba. ¡Ah! es que para el misionero, su misión llega á convertirse en su segunda patria, tanto más cara á su corazón cuanto más ha sufrido por ella.

Este destierro duró más de diez años. Durante este período de tiempo fué cuando la Santa Sede le escogió para suceder á los venerables Obispos martirizados en 1866. Fué á Roma durante el Concilio, y recibió en la Ciudad eterna la consagración episcopal de manos del Cardenal de Bonnechese, arzobispo de Rouen. Después del Concilio se apresuró á volver á China. Instalado en una de las residencias de Mandchuria, la más inmediata á Corea, buscó durante muchos años, sin lograrlo, los medios de volver á su amada misión.

En una tentativa que hizo en 1875 con M. Blanc, hoy obispo de Antígona y su sucesor, estuvo á punto de mo-



MADURÉ (Indostan).—Carpinteros indios. (Pág. 340).

rir. Subido en una junca china, había llegado á la costa de Corea en el punto convenido para la cita, pero la embarcación corea que debía tomarles á bordo no pareció. No tardó en ser notada la presencia de la junca y en excitar sospechas.

Habíanse puesto ya embarcaciones en su persecución y no podía refugiarse en punto alguno de la costa; mugía además en alta mar la tempestad, y aventurarse á ella era correr á un naufragio casi seguro. Sin embargo, este partido pareció preferible. Arrastrado en seguida por el huracán, el débil esquife amenazaba zozobrar, pero los misioneros se dirigieron á Aquella á quien la Iglesia invoca con el bello dictado de Estrella del mar, é hicieron un voto por si se libraban del peligro.

Amainó en seguida el viento, calmóse el mar y la junca pudo regresar felizmente al puerto de donde había partido quince días antes.

Hoy una gran plancha de mármol levantada en una de las capillas de la basílica de Ntra. Sra. de Lourdes, recuerda á la vez el peligro que corrieron los misioneros, su confianza en María, el auxilio que lograron de ella y su reconocimiento.

Estas tentativas, muchas veces reiteradas y siempre sin resultado, no desanimaron al valeroso obispo, y Dios al fin atendió sus votos, pues en 1876 pudo hacer entrar en Corea á dos de sus misioneros, y en noviembre del año siguiente tuvo el inefable consuelo de reunirse á ellos con otros dos misioneros.

¡Qué alegría para este amado pastor la de volver á ver á su grey, y para ésta de poseer al fin á su pastor! Mas ¡en qué estado encontró su cara misión! La persecución había causado millares de víctimas y los cristianos que se habían librado de la tormenta estaban dispersos: viviendo entre los infieles, en medio de todos

los peligros, en continuas angustias, sin sacerdotes y sin auxilios religiosos, muchos habian cedido al desaliento. ¡Cuántas ruinas por levantar, cuántas Misiones por reanimar, cuántos males por reparar!

El animoso Prelado puso en seguida manos á la obra, y secundado por sus generosos misioneros, comenzó la restauracion de aquella bella pero tan desolada Iglesia de Corea. La vuelta del Obispo habia además dado confianza á los neófitos, y su casa se veia cada noche asediada por aquellas pobres gentes, ávidas todas de volverle á ver, de oírle y de recibir la gracia de los sacramentos.

Por desgracia esta alegría del Pastor y de su grey debía ser de corta duracion.

Tres meses tan sólo hacia que se encontraba en Corea, cuando de pronto, el 28 de enero, invaden los satélites su casa, le agarrotan y le echan en una mazmorra como á un vil malhechor.

No relataremos la historia de su permanencia en las cárceles de Seul, de sus interrogatorios y de su libertad. Todos los piadosos socios de la Propagacion de la Fe han leído y volverán á leer con igual placer sus conmovedores detalles en la relacion que el mismo Monseñor Ridel hizo y que las *Misiones católicas* publicaron.

Bástenos decir que su valor no se desmintió jamás, y que le valió el respeto, el aprecio y la admiracion de sus jueces y hasta de sus carceleros.

Cuando, por órden del gobierno de Pekin, monseñor Ridel fué vuelto á conducir á China, al pasar la frontera de aquel querido país que no debía volver á ver, no pudo contener las lágrimas como en 1866. Era para él un segundo destierro y un destierro que no debía tener fin.

Aunque alejado de su Mision, el venerable confesor de la fe se ocupaba activamente de sus intereses multiplicando sus pasos, ya en Pekin, ya en Tokio, y con el concurso de algunos cónsules cerca de los Gobiernos chino y japonés, procurando interesar á éstos en favor de sus cristianos perseguidos. Ocupaba sus ocios forzados en dar la última mano á una obra considerable, que habia emprendido desde hacia tiempo y que tuvo el placer de llevar á buen fin; la redaccion, con la colaboracion de sus misioneros, de una gramática y un diccionario coreos. Estas preciosas obras se publicaron en Yoko-hama en 1880, y han sido apreciados, cual se merecen, por todos los que se ocupan de lingüística.

«Trabajo largo y difícil (1); pues era preciso agrupar las palabras y las locuciones, sujetarlas á ciertas reglas, arreglar las frases viciadas y saber distinguir la verdadera lengua de las voces extranjeras. Era una obra de mucho empuje, y duró quince años; pero debía prestar un servicio inapreciable.

«A este propósito no puedo omitir un detalle que revela el patriotismo del venerable Obispo. Las dos obras estaban escritas en coreo y en francés. Los misioneros protestantes le ofrecieron hacérselas traducir al inglés, pagar todos los gastos de impresion y darle para su Mision una amplia remuneracion por su trabajo. Los alemanes le hicieron ofertas todavía más seductoras.

«—No, dijo él; jamás consentiré en vender á los demás el trabajo de quince años de mi vida. Soy francés y quiero que los coreos aprendan la lengua de Francia y no la de las naciones extranjeras.»

(1) Extracto de la oracion fúnebre.

Entre tanto, en sus viajes y en medio de sus trabajos, Mons. Ridel anhelaba sin cesar el día en que podría volver á su cara Mision. Si sólo hubiese consultado á su corazon, pronto habria vencido todos los obstáculos, desafiado todos los peligros y penetrado en aquel país obstinadamente inhospitalario. Sabia cuánto deseaban su regreso los misioneros y los cristianos y el bien que de él resultaria; mas por otra parte era demasiado conocido para que esperase poder reaparecer sin que se notara, y temia, no sin razon, que su regreso comprometiera la situacion y trajera la persecucion.

Indeciso, consultó á la Santa Sede, y ésta, felicitándole por su celo y por su valor, le aconsejó que diferiese para mejores días la ejecucion de su generoso intento.

Este consejo fué para él una órden, pero una órden que costó mucho á su corazon de misionero y de obispo. Una sola cosa sostenia su valor, la esperanza en días mejores que le abririan en breve las puertas de su amada Mision. Hablábale ya de tentativas que los Gobiernos de los Estados-Unidos de América, de Inglaterra y de Alemania hacian para entrar, en pos de los japoneses, en relaciones con los coreos.

Todo hacia esperar que en breve iban por fin á caer las barreras que cerraban aquel país á la civilizacion y al Evangelio.

Aunque de una constitucion muy robusta, monseñor Ridel no habia dejado de experimentar los efectos de los sufrimientos que habia suportado durante su larga detencion; habíase alterado su salud y se le habian vuelto blancos sus cabellos: en lo físico era un viejo, mas su alma habia conservado toda su energía.

De regreso de un viaje á la capital del Japon, donde el Gobierno de este país le habia dispensado la mejor acogida, y le habia prometido hacer todo lo posible para mejorar la suerte de sus misioneros y de sus cristianos, á su paso por Nagasaki se sintió súbitamente atacado de parálisis. Ni los cuidados que Mons. Petit-jean y sus misioneros le prodigaron, ni las estimables simpatías que por doquier se le demostraron, pudieron triunfar del mal. Despues de haber probado, primero en Nagasaki, luego en Chang-hai y por último en Hong-Kong, todos los medios curativos, y de haber consultado á los médicos ante la opinion unánime de éstos, el venerable enfermo se encaminó á Europa, con la esperanza de que el aire natal y las aguas termales triunfarian del mal y le devolverian á la salud y á su amada Mision (1).

Llegado en Setiembre de 1882, Mons. Ridel recibió ya en París, ya en el seno de su piadosa familia, que se desvivió admirablemente por él, todos los cuidados que su estado requería. Nada se omitió para obtener el resultado tan ardientemente deseado. Convencido de la impotencia de los medios humanos, quiso acudir á Aquella que le habia asistido y ayudado en medio de las tempestades y en los horrores de la prision, é hizo dos viajes á Lourdes; pero esta vez María no accedió á su ruego ni al de sus numerosos amigos. El venerable Prelado era esperado ya en el cielo.

Era indudable que Mons. Ridel deseaba ardientemen-

(1) Antes de dejar la China, Mons. Ridel proveyó á la administracion de su vicariato, y en virtud de un poder especial que le habia conferido la Santa Sede, eligió para su coadjutor con futura sucesion, á Mons. Blanc, obispo de Antígona de la diócesis de Lyon, que habia compartido con él los dolores del destierro y los peligros por mar ó por tierra y á quien al salir de Corea, habia confiado el cuidado de su Mision.

te la salud, porque quería volver á ver su Mision, trabajar aun y á lo menos morir en ella; mas no por eso era menos viva y sincera su conformidad con la voluntad divina. Ante la ineficacia de los remedios, manteníase perfecta su resignacion, y nada perdía de su buen humor ni de su jovialidad.

—¡Hágase la voluntad de Dios! contestaba á los que querían consolarle.

Por fin el 20 de Junio por la madrugada, en la festividad del adorable Corazon de Jesús, declaróse un segundo ataque de parálisis y en pocos instantes la bella alma del piadoso Obispo volaba al seno de Dios.

UN MISIONERO CATÓLICO ENSALZADO POR PROTESTANTES.

Nuestros lectores leerán con gusto el siguiente artículo que tomamos de un acreditado periódico:



BSURDO, pero terrible, sería el juzgar que el Criador habia dotado al hombre de inteligencia para que tuviese ociosas sus facultades, ó para que las emplease tan sólo en discurrir sobre objetos meramente terrenos y de un interés mezquino y momentáneo. Ese elevado entendimiento, esa facultad de pensar que tanto ennoblece al sér racional, fué sin duda alguna concedido para fijarse en objetos dignos de su origen y del eminente destino que le está señalado, que no es otro que una eternidad feliz reservada para despues de la muerte, y dependiente del arreglo de la vida á las divinas leyes. Pero, así que el hombre malogra las riquísimas dotes de su inteligencia, y se abandona en alas de una fantasía soñadora de gloria mundana y efímera, con oídos sordos á los verdaderos intereses de la santificacion de su alma y la de sus prójimos, y sirve de piedra de escándalo que inficiona, corrompe y mata; el hombre, á los ojos de la sana razon, no merece otra cosa que el gemir de la elegía, el lamento del infortunio, y el juicio del moralista, cuando dice: *Nisi utile est quod facimus, stulta est gloria*: Si no hay utilidad en nuestra labor, vana será la gloria. Y nos referimos á la prensa liberal que no há mucho se desata en himnos laudatorios al vate francés, Víctor Hugo. ¡Ah! cuando éste, en los albores de su númen, abrigaba aún sentimientos católicos, irradió luz, pero luz purísima, en beneficio de la humana razon, poesía consoladora, cual puede verse en su composicion titulada: *Al pié de un Crucifijo*.

Pero cuando más tarde el soplo de la impiedad hubo ya apagado la fe en aquel corazon, y nuevas musas le acariciaron dando otro giro á sus composiciones, ya no es entonces el poeta que mira al cielo y de él recibe las brisas de una poesía sagrada, moral y provechosa; es el poeta que entretiene sus ojos en las florestas de la tierra, y que se arrastra por el fango de una gloria que no conduce á Dios, y por tanto fútil y vana.

Suene, pues, la lira de los libre-pensadores, y extasiense en su ideal, mientras nosotros consagramos nuestro amor y nuestra pluma, aunque torpe, á presentar á la faz del mundo otros héroes, no de los informados en el Olimpo, y sí de los que del Evangelio, de la palabra del más elocuente, más inspirado, más noble y más santo de entre los hombres que pisaron este mundo, Cristo Jesús, toman luz y verdad. Ved ahí uno de esos seres del Catolicismo, una de esas figuras dibujadas por

la virtud de la caridad y coloreadas por el amor á Dios y al prójimo, una víctima que voluntariamente se presta al sacrificio en aras de la Religion, confirmando una vez más con su ejemplo que la virtud real y positiva sólo anidar puede en el ideal católico; es el P. Damian Devenster, misionero católico.

Dice así lo que cortamos de un periódico católico:

«Existe en las islas de Sandwich un distrito donde son relegados todos los atacados de la contagiosa enfermedad de la lepra. Cuéntanse allí en la actualidad más de setecientos de estos infelices. Al visitar esta triste colonia el Ilmo. Sr. Maigret, obispo y vicario apostólico de aquellas Misiones, llevando consigo al P. Damian Devenster, misionero, se le presentaron los infelices leprosos pidiéndole ardientemente se dignase enviarles un sacerdote para el cuidado espiritual de sus almas.

«—Está bien, respondió el celoso visitador, héos aquí al P. Damian, que consiente en quedarse con vosotros, aunque no tenga para alojarse otra casa que las ramas de este árbol bajo el cual ahora nos encontramos.

«Prorumpieron en llanto los pobres leprosos al oír este heroico ofrecimiento, y arrojándose á los piés del Prelado le pidieron la bendicion y le dieron gracias por su paternal afecto.

«La colonia cambió en breve de aspecto. Construyóse una casita para el P. Damian, y á su lado una hermosa capilla. Recientemente han sido bautizados de una vez treinta y cinco neófitos, y el día del Corpus los leprosos eran los cantores y músicos, todos, en una palabra, menos el heroico sacerdote que se habia resignado á sepultar su vida entre aquellos infelices para salvar sus almas. Nunca quizá se vió espectáculo igual. «La majestad de Cristo sacramentado, escribía poco despues el Ilmo. Sr. Maigret, se ha visto honrada tal vez con mayor fervor por estos desgraciados apartados de todo trato social, que por otros que gozan de todas las ventajas de la civilizacion y de una salud robusta.»

Hasta los protestantes han pagado un tributo de admiracion á la abnegacion del P. Damian Devenster, misionero, honor de la Bélgica, su patria. Hé aquí cómo se expresa un periódico protestante:

«Hemos de hacer mencion aquí de un hombre, de un padre, que sin codicia de oro ni de fama, sin esperanza de recompensa alguna en este mundo, acaba de consagrarse al cuidado de los leprosos en estas islas. Hé aquí el verdadero espíritu de Cristo: hé aquí un amor al prójimo inexplicable por meras razones humanas; hé aquí un nuevo Javier penetrando en lo más profundo de la miseria humana para curar sus llagas más asquerosas; hé aquí un héroe, un salvador que ofrece la vida por sus hermanos, obra de la mayor de todas las obras de caridad.»

«Enemigos de la fe, libre-pensadores panegiristas de la moral universal, ¿qué día saldrán de vuestra filas hombres semejantes á ese? Pues bien. Sabedlo para vergüenza vuestra: la Iglesia católica los produce muy á menudo.»

CRÓNICA.

España.—El día 2 del actual se embarcaron en el vapor *Isla de Luzon* con rumbo á Filipinas, nueve misioneros de la Compañía de Jesús de esta provincia que van á aumentar el número de los que evangelizan á los

pobres indígenas de Mindanao. Al frente de ellos va como superior el P. Miguel Rosés, que emprende esta difícil campaña después de haber ejercido en la Península el cargo de profesor de filosofía y ciencias naturales y el de Rector de los acertados colegios de Zaragoza y Orihuela. El P. Rosés es barcelonés, sobrino del difunto maestro Rosés, que lo fué de la capilla de Nuestra Señora del Pino. El hoy apostólico misionero era allá por los años del 54 al 62 una de las primeras reputaciones artísticas en los salones de la buena sociedad barcelonesa, distinguido profesor de piano y organista de Sta. Clara de esta ciudad, de donde le llamó Dios á la abnegada vida del jesuita.

El sistema de reduccion de infieles seguido por los misioneros en la extensa cuenca del río Agúsan y en la costa del Pacífico hasta los confines del distrito de Dávao, ha dado por resultado, en el espacio de menos de doce años, la formación de 42 pueblos con iglesia, escuela y tribunal y 17,840 cristianos nuevos. No es, pues, de extrañar que hasta las Autoridades del Archipiélago hayan manifestado en más de una ocasión su agrado, por los trabajos de la Compañía de Jesús en aquellas regiones, los cuales redundan juntamente en bien de la religión católica y de la madre patria.

Roma.—Leemos en una correspondencia de la Ciudad eterna:

«Se ha hablado mucho estos días, especialmente en la prensa extranjera, de haberse tratado entre el Vaticano y algun Gobierno de Europa, de confiar el protectorado de las Misiones católicas de Asia, de África, de Oriente y del extremo Oriente, á Francia ó á Inglaterra.

«Efectivamente, ha habido entre la diplomacia algun movimiento en este sentido; pero en cuanto á la Santa Sede, tengo motivos para asegurar que ésta si bien ve con agrado que cualquier Gobierno dé apoyo y protección á nuestras admirables Misiones, no aceptará para ellas protectorado oficial de potencia alguna, tanto para mantener á la Iglesia su libertad de acción, como para no suscitar rivalidades entre los diversos Gobiernos que se disputan el derecho de protección sobre las Misiones en favor de sus intereses políticos é influencia nacional. A buen seguro que ningun Gobierno tendrá que arrepentirse nunca de haber dado protección á los misioneros católicos; su gratitud y la del Papa les está asegurada. Esto y no otra cosa es lo conveniente en los tiempos que corremos.

—«Háblase de que serán consagrados, probablemente en la iglesia interior de la Propaganda, Mons. Sogaro, vicario apostólico del África Central, y Mons. Gravel, electo obispo de la nueva diócesis de Nicolet en el Canadá.

«Es maravillosa la rapidez con que se ha ejecutado la sentencia dada por la Santa Sede, tras un larguísimo expediente, sobre la división de la diócesis de Tres-Ríos, de la que ha salido la nueva diócesis susodicha de Nicolet.

—«Los señores cardenales Melchers y Massaia se encuentran al presente en el lugar de la Rufinella, cerca de Frascati, cuyo clima es muy saludable y más fresco que en Roma, donde hemos tenido hasta 38 grados de calor. El primer volumen de las memorias del cardenal Massaia, referente á su larga Mision en la alta Etiopía, se ha concluido de imprimir, pero todavía no se ha puesto á la venta. El eminente Apóstol del Africa prosigue en

su retiro de la Rufinella, escribiendo estas memorias para que sean publicadas en otros volúmenes ilustrados.

«El otro apóstol del Africa, el P. Bonomi, después de haber pasado algunos días de retiro en el convento de los Pasionistas de San Juan y San Pablo, ha marchado para Verona, su patria, pero sin anunciar el día de su llegada allí para evitar una gran demostración pública de estimación y de afecto que le habían preparado todos sus conciudadanos sin distinción de partidos.

«El valeroso misionero es tan modesto y humilde cuanto impávido se mostró en el campo del Mahdí. Todavía no se tienen noticias de su llegada á Verona.

«También hemos tenido en Roma la embajada marroquí, que ha visitado algunas fortificaciones y monumentos de Roma y á algunos ministros presentes en esta capital. Los mismos quedaron estupefactos principalmente delante de la Basílica y plaza de San Pedro, del Vaticano. Sin embargo, no entraron dentro del mismo.

«Yo, que solamente había visto á estos marroquíes en Venecia, tuve curiosidad de verlos de nuevo y hablarles aquí en Roma. No me fué difícil hacerme presentar al jefe de la embajada, Bustha, en sus habitaciones del «Hotel de Roma.» Fuí recibido cortesmente por este diplomático africano. Cuando supe por el intérprete—por medio del cual tiene precisión de cambiar sus ideas—que yo era un publicista católico, se volvió con mucha viveza, y quiso estrecharme la mano nuevamente y de una manera especial, haciéndole decir al intérprete que el Sultán, su señor, y todos los hombres de la corte de Tánger tienen la mas alta estimación y reverencia para el Sumo Pontífice de Roma, y que están muy satisfechos de dejar en plena libertad para predicar y dar culto, y para proteger, si es necesario, á los misioneros católicos de Marruecos, asegurándome que esta libertad y protección continuará siempre.

«Parecióme el embajador marroquí especialmente presuroso para hacer saber, repetidas veces, que el Catolicismo es estimado y protegido en su país. Dile las gracias, por lo que á mí tocaba, por esta benevolencia para con mis correligionarios, haciéndole observar que en todas partes los católicos, por sus mismos principios, son los mejores súbditos del soberano en cuyo país viven; á lo cual el Embajador asintió con la cabeza. Después de cambiar algunas otras palabras me despedí de este diplomático que estrechándome siempre la mano quiso acompañarme, á pesar mío, hasta la salida de su estancia.»

—Con motivo de un proyecto de ley sobre las Misiones que se presentó á la aprobación del Senado de Italia, un diario se ha permitido poner en duda la utilidad de las Misiones católicas para la obra de la colonización y de la civilización de los pueblos del interior del Africa.

No nos sorprende. No hace mucho que un periódico sectario de Roma, *La Riforma*, sostenía que el misionero católico es un obstáculo y no un auxiliar para la colonización de los pueblos salvajes. «Civilización y religión, decía, son términos, si no completamente opuestos, al menos absolutamente diversos.»

La historia entera protesta indignada contra tan monstruosa teoría.

El Cristianismo fué quien civilizó á Europa, y hoy el misionero católico es el agente más activo, podríamos decir, el agente indispensable de la colonización, ó de otro modo, de la civilización de las comarcas bárbaras.

Holanda.—También la Holanda, aunque protestante en su mayoría, va tomando una parte muy activa en la divinísima obra de la propagación de la fe católica. Para esto el Rdo. V. Janssen fundó á orillas del Meuse un hermoso establecimiento, con su espacioso jardín y bonita iglesia, en donde se pudiesen reunir y educar convenientemente aquellos jóvenes holandeses, bávaros, sajones, etc., que quisieran consagrarse á tan noble empresa.

Diez años sólo cuenta de existencia este Seminario, y ha enviado ya al Chan-tong meridional ocho sacerdotes y dos hermanos, contando en la actualidad 130 alumnos, de los cuales 33 siguen los cursos de filosofía y teología.

Que el Señor se ha dignado bendecir esta nueva obra además del incremento que ha tomado este Seminario, pruébanlo los copiosos frutos de bendición que ha producido en estos últimos años la Misión á ellos confiada. En la parte del vicariato que les cedió el Rmo. P. General de los Franciscanos observantes sólo se contaban en 1882 168 cristianos. En aquel año, en que ya se pudieron emprender con actividad los trabajos apostólicos, no sólo se fundaron varias iglesias, escuelas y dos orfelinatos, sino que fueron bautizados 1,600 niños *in articulo mortis*, é inscritos 600 paganos entre los catecúmenos.

Turquía.—Escribennos desde Constantinopla con fecha 4 de agosto:

«El patriarcado armenio no unido parece muy alarmado por el gran número de conversiones que se han obrado en la provincia de Diarbekir. Según el *Arevelk*, su órgano oficial, el patriarca ha teleografiado al obispo gregoriano de Urfa, que partiese inmediatamente para Diarbekir á fin de contener la corriente de conversiones, mas éste se ha excusado. El Patriarca entonces se decidió á apresurar el nombramiento del obispo de Much, encargándole que pase á la sobredicha localidad con

objeto de paralizar las conversiones. Pero siendo obra de Dios este retorno á la Iglesia romana, se trabajará en vano por debilitarlo. Entre tanto el Ilmo. Ferahian telegrafía á su patriarca, Ilmo. Azarian, anunciando nuevas victorias y pidiendo el envío de dos misioneros armenios para conservar las nuevas Misiones. El ilustrísimo Azarian espera que el Occidente le proporcionará socorros extraordinarios, y que se podrá hacer frente á obras tan llenas de esperanza.

El gobernador dimisionario de Malatia al regresar á Constantinopla ha creído de su deber expresar al ilustrísimo Azarian

toda su satisfacción respecto á la educación que las Hermanas armenias de la Inmaculada Concepción dan á las jóvenes: las llama *ángeles*, y dice que edifican á los habitantes de Malatia sin distinción de raza ni de religión; que les ha confiado su propia hija y que está satisfecho de su determinación. Su mujer visitaba á menudo el establecimiento de las Hermanas y compraba objetos trabajados por las jóvenes, á fin de fomentar la Institución.

Este paso del ex-gobernador se presta á gratas reflexiones. Cosa notable es, en efecto, el que un musulmán, un funcionario pida al Patriarca que envíe Hermanas á otros puntos de Armenia. «Es el beneficio mayor que podreis conceder á las poblaciones

de nuestro imperio,» dijo. Es de notar que los armenios cismáticos y las sociedades bíblicas poseen en Malatia establecimientos que por su lujo sobrepasan á la humilde habitación de las Hermanas católicas. No obstante, el ex-gobernador dista mucho de tributarlas el mismo elogio.

El Ilmo. Azarian espera que fervientes católicos, y sobre todo las señoras caritativas, imitando á la esposa musulmana del ex-gobernador, se apresurarán á ofrecer su óbolo y alentar, como ella, á aquellas excelentes Hermanas.



MADURÉ (Indostan).—Mendigo de Lotharan. (Pág. 340).

—En una reunion celebrada por la Sociedad Real de Geografía, de Londres, el general sir Peter Lumsden, recientemente llegado del Afghanistan, ha dado una interesante conferencia sobre la costumbre de los turcomanos que habitan en el Norte de Herat.

Las mujeres turcomanas se dedican desde muy temprano al trabajo. Cuando están próximas á casarse, confeccionan ellas mismas sus avíos de boda y en tanto cuanto es posible los artículos de su futuro hogar, comprendidos los muebles y tapices.

La costumbre local aconseja que antes del matrimonio el novio ofrezca un regalo á los padres de la novia; esta dotacion consiste de ordinario en 100 carneros: pero el futuro puede pagar en dinero de una vez ó en muchas. Despues de haberse entendido con los suegros, el futuro organiza para celebrar su próximo matrimonio carreras de caballos y otros regocijos, á los cuales invita á sus amigos. Despues equipa un camello que envía á la novia.

El día de las bodas la novia se sienta sobre un tapiz delante de una tienda, rodeada de sus parientes. Los de la familia del esposo acuden para llevársela, pero los amigos de la novia, se oponen á ello y rechazan á los otros arrojándoles á la cabeza huevos crudos y otros proyectiles; las señoras más ancianas toman parte en la lucha echando limones y uvas, y la pelea se hace general.

En medio de la batalla llega el esposo, que se lanza entre los combatientes, y colocando á la novia sobre el camello consabido, parte con ella.

Todo el mundo entonces se aquieta y la pareja feliz desaparece en medio de una gran algazara.

Cochinchina.—M. Myre de Millers, que fué gobernador general de la Cochinchina, acaba de escribir en la *Nouvelle Revue* un interesante artículo, en el que censura vivamente el régimen administrativo de las colonias francesas y de otros países. «La colonia francesa, dice, es un Estado en el Estado, cuyo centro ficticio está, al parecer, en las oficinas de la administracion central. Cuando se trata de dotar alguna de nuestras posesiones de instituciones nuevas, no se preocupa nadie de sus aspiraciones ni de sus costumbres; simplemente se le aplican los reglamentos en uso. El personal rueda de colonia en colonia, y los empleados en ella son más viajeros que funcionarios, de lo que resulta agravacion considerable de los gastos de administracion, sin contar con que la salud raramente resiste á tales cambios de clima.

«A estos procedimientos de la autoridad civil opone el articulista la conducta de las Congregaciones religiosas, de quienes en verdad no pueden desconocerse los raros talentos y prudencia de conducta. Los Padres y religiosos comienzan por consagrar dos ó tres años al estudio de la lengua, y cuando ellos con toda correccion y propiedad la hablan y se han familiarizado con las costumbres del país, sus superiores los emplean activamente, y permanecen en su puesto tanto tiempo como lo permite la salud.»

Son estos elogios tan desinteresados que creemos merecen se llame sobre ellos la atencion.

Perú.—Leemos en la *Revista católica* de Lima:

«Rvdo. P. F. Juan Capistrano Puig.—El lunes 22 del presente á las 11 y 20 de la mañana pasó á mejor vida

este infatigable misionero, cuyos restos fueron inhumados al siguiente dia, en medio de un doloroso recogimiento, despues de una severa ceremonia que duró tres horas, como las que acostumbran en tales casos los reverendos Padres Descalzos.

«Testigos presenciales de sus exequias, no nos ha llamado la atencion la gran concurrencia de personas de toda condicion que, vela en mano y en dos largas filas, acompañaron su cadáver, hasta darle el último adios, dadas las altas prendas que adornaban su persona, de todos conocidas, y la estimacion general que se habia captado por su celo y energía en defender los intereses de la Iglesia.

«Los verdaderos católicos derraman una lágrima de dolor, al recordar al celoso observante de san Francisco; no por lo mucho que él ha ganado, sino por lo que nosotros hemos perdido con la muerte del entusiasta y digno director de la V. O. T.

«La *Revista católica* cumple un deber al enviar á sus hermanos de Religion, el más sentido pésame.»

Córdoba. (República Argentina).—Leemos en un periódico de aquella ciudad:

«En las primeras horas de la mañana, el triste redoble de las campanas en el templo de San Francisco nos anunció 22 de mayo que un hijo del Serafin de Asís habia terminado la penosa jornada de la vida. Quien cerraba sus ojos en este mundo é iba á despertar en las eternas moradas era el P. Fr. Lucio Torres.

«De duelo debe encontrarse el convento de franciscanos. El P. Torres era una de las columnas de esta casa religiosa.

«No brilló por la ciencia, que, si no es cristiana, hincha y extravía; resplandeció por sus angelicales virtudes.

«Era la inocencia personificada, y tan atractivo el poder de su virtud, que le buscaban para director de sus almas el sabio como el ignorante, por esas raras seducciones que la sola virtud posee.

«Partió para Salta el venerable Obispo Risso, y su dolor más punzante era dejar un director espiritual como el P. Torres.

«El Dr. D. Eduardo Arellano, el Dr. D. Uladislao Castellanos, Luis Velez han sido hijos espirituales suyos. Casi toda la Comunidad franciscana se confesaba con él.

«Descanse en paz el humilde fraile, tipo del candor y de la inocencia cristianas, y pida á Dios el triunfo de la Religion que hizo de él, porque se sometió á su dulce y suave yugo, un perfecto religioso.»

Curazao (Antillas).—Así se llama una isla descubierta por los españoles en el siglo XVI, distante de la costa de Venezuela unas 25 leguas, situada á 12° latitud Norte y 71° longitud Este de París. Su extension es de 60 kilómetros por 12 en su parte más ancha. Está cubierta de montañas, algunas de las cuales se elevan hasta 1,200 piés sobre el nivel del mar. Su suelo es poco fértil á causa de la persistente y ordinaria falta de lluvia, debida á los vientos alisios del Norte, que casi de continuo la azotan, y que en cambio le proporcionan una salubridad muy superior al inmediato continente. El primer pensamiento de los españoles al aportar á esta tierra fué, como en todas partes, el iluminar á sus habitantes con la luz del Evangelio. No les fué difícil

conseguir su objeto. Cuando los holandeses protestantes la invadieron en 1634, todos sus habitantes eran fervientes católicos, los cuales, y en primer lugar los misioneros, se vieron obligados á refugiarse al continente americano, á fin de librarse de la persecucion de los invasores luteranos.

Por espacio de un siglo habria quedado completamente olvidada la pequeña grey curazaita, si el obispo de Coro (Venezuela) no hubiese tenido el cuidado de enviar periódicamente algun sacerdote, ya para adoctrinar á los católicos, ya para instruir y bautizar á los muchos esclavos negros que frecuentemente llegaban transportados de la costa de Africa.

En el año 1739 llegó el primer sacerdote holandés. En 1824 Roma envió en calidad de prefecto apostólico al Rdo. Martin J. Nieuwintt, jóven de veintiocho años, lleno de ardor y celo por la salvacion de las almas. Hasta el año 1860 trabajó sin descanso, haciendo triunfar en Curazao y en las adyacentes islas de Aruba y Bonaire la cruz de Jesucristo, levantando varios templos en los puntos más necesarios de estas islas, y luchando para esto con las múltiples dificultades que le oponian los protestantes, y el mismo gobierno. A su fallecimiento no se halló quien pudiese sustituirle con provecho y llevar á cabo los planes que habia proyectado, porque, aunque fué nombrado el Ilmo. Kistemaker, vivió casi siempre enfermo á causa del calor, y se vió obligado á presentar su dimision á la Santa Sede, la cual, viendo la escasez de sacerdotes seculares, encargó esta Mision á los Padres Dominicos de Holanda. El Ilmo. Enrique Van Ewijk llegó á Curazao en 1870. Su primer trabajo fué levantar una vasta iglesia, que se hacia indispensable, para contener los muchos fieles que todos los dias aumentaban. Ha logrado su intento, consagrándola, bajo la advocacion de Nuestra Señora del Rosario, en el año 1882.

En la actualidad los 42,000 católicos que cuentan Curazao y las islas vecinas, reciben el pan de la divina palabra de manos del referido señor Obispo, auxiliado de doce sacerdotes seculares, once Padres Dominicos y dos Capuchinos.

Estados- Unidos.— Véase cómo habla un testigo de mayor excepcion, *El Imparcial*, de la conducta y sentimientos de las dos naciones que los liberales nos presentan como modelo en el viejo y nuevo mundo:

«Los Estados- Unidos de América á pesar de su tan decantado respeto á los derechos del hombre, no cesan en su política de exterminio contra las tribus indias que pueblan los territorios fronterizos á Méjico.

«Para el Gobierno de Washington siempre existe el pretexto de la rebelion, que justifica expediciones cuyo único objeto es exterminar la raza india por medio de terribles matanzas.

«En la actualidad se está verificando una de esas terribles correrías á que son tan dados los carabineros de la Union.

«El Gobierno pretende que la expedicion de estos dias sea lo bastante fuerte para obtener resultados favorables al plan propuesto, y en vez de organizar pequeñas columnas al mando de oficiales subalternos, ha nombrado al general Crook, que manda el distrito de Arizona, jefe superior de las fuerzas encargadas de perseguir á la raza aborígena.

«Las noticias recibidas de la frontera de Méjico dan

cuenta de una operacion realizada por las fuerzas federales, en la cual les causaron á los indios gran número de muertos y heridos, estos últimos de tanta gravedad que segun el informe oficial es difícil puedan sobrevivir.

«Además han cogido centenares de mujeres y niños, dándose tambien el extraño caso de que la privacion de libertad y el dolor que les produce no hacer la vida de los bosques, es tambien causa de que se sientan acometidos por una gran tristeza, que acaba casi siempre con la vida.

«Para dar pretexto legal á estas correrías de la muerte, se dice haberse recibido una comunicacion del gobernador de Kansas dando cuenta de la agitacion que se nota en las tribus indias, que por espacio de mucho tiempo habian permanecido tranquilas.

«A pesar de que los principales jefes de estos infelices naturales han manifestado que no tratan ni han tratado de sublevarse, se dió orden de que el teniente Davis castigara la supuesta insurreccion, y como consecuencia de este mandato se ha recibido de Tomletsane un parte del mencionado oficial, en el cual reseña el encuentro que ha sostenido, y que por consecuencia del mismo ha causado la muerte á 16 indios y hecho prisioneros á gran número de estos salvajes que se resisten á la sumision de las prisiones.

«Los Estados en donde más se profesa el culto á la libertad y el respeto al hombre nos dan el ejemplo de Inglaterra restableciendo el bárbaro castigo del azote en la plaza de Gibraltar, y de los Estados- Unidos de América decretando la matanza legal de los indios que se albergan en los bosques de la frontera mejicana.

«En cambio, humanitarios y caritativos en la casa ajena, han clamado contra nuestras leyes de Indias y predicado el derecho de insurreccion en Cuba por parte de la gente de color.

«Los sucesos ocurridos en los Estados- Unidos, exactos y verídicos por estar tomados de partes y comunicaciones oficiales, constituyen actos de crueldad tan refinada, que dejan muy atrás á los odiosos horrores de la trata y á los antiguos castigos para los esclavos.

«La expedicion del general Crook contra la raza aborígen de los Estados- Unidos, podrá ser todo lo útil que quieran los libres é igualitarios yankees, pero tenemos la seguridad de que su gloria no causará envidia en ningun militar español.»

Ese es el inevitable corolario de la civilizacion liberal: es el imperio de la fuerza bruta.

Australia.— Leemos en un periódico religioso: «Una de las pruebas más evidentes de nuestra sacrosanta Religion, es el pasmoso incremento que en menos de medio siglo ha tomado en esta inmensa isla ó dilatado continente. El Concilio provincial que el dia 8 de setiembre debió abrirse en Sidney, bajo la presidencia del señor Arzobispo de esta ciudad, como delegado del Sumo Pontífice, será una manifestacion imponente de los admirables adelantos que los misioneros católicos han realizado. Asistirán á él, además de los dos Arzobispos de la gran isla, diez Obispos sufragáneos, entre los cuales se hallan dos españoles, Mons. Salvado y Mons. Griver, obispo aquél de Puerto-Victoria y abad de Nueva-Nursia, y éste de Perth.

Si el Ilmo. Sr. Moran es designado para la Sede de Dublin, como se ha dicho, Su Santidad delegará á otro para presidir esta Asamblea.

No podemos menos de hablar aquí, siquiera sea brevemente, de una de las diócesis que se hallará representada en el mismo Concilio. Es la de Brisbane, capital de la extensa y riquísima colonia llamada Queenslandia (Tierra de la Reina): fué erigida en 1859 por el inmortal Pío IX; en el año 1877 contaba ya 57,000 católicos, entre los cuales merecen especial mención los tres representantes que Queenslandia tenía en el Parlamento de las colonias, y dos alcaldes. Veinte y cinco misioneros con veinte y cuatro estaciones principales eran los encargados de apacentar este rebaño y extender la luz de la verdad entre los infieles. Las Hermanas de San José y las religiosas de la Misericordia ejercían, por medio de la enseñanza, el apostolado entre las niñas, dirigiendo aquéllas once colegios y éstas nueve. Es indudable que desde aquella época ha crecido notablemente el número de fieles.

Los primeros descubridores de la Australia consideraban poco menos que imposible la colonización de este vasto continente, fundándose en que no tenía, como las otras partes del mundo, ríos navegables. Afortunadamente, las nuevas exploraciones que se han venido haciendo demuestran lo contrario. Además del Murray, Brisbane, etc., se encuentra el río Darling, navegable en una extensión de 2,345 millas, esto es, mucho más que el Rhin, que puede sólo navegarse en 600, que el Nilo que tiene 1,500, y aún que el Danubio que no tiene más de 1,700 millas. Confiamos que por este medio la Providencia divina hará que su santísimo Nombre sea conocido y adorado por las innumerables gentes que se hallan sumergidas en el abismo de la infidelidad, y sentadas en las sombras de la muerte.

Oceania.—Un esquife llegaba una tarde á la playa de una isla de Oceanía. Un salvaje, cristiano hacía algún tiempo, desembarcó y tomó el camino de la cabaña donde moraba un sacerdote.

—Padre, le dijo, yo tenía mujer y seis hijos. A todos los conducía en mi barca cuando la tempestad se desencadenó, y á pesar de mis esfuerzos el mar los ha devorado; ¡sólo Dios sabe cuánto les amaba! Yo pude sobrevivir y el mar me rechazó á la playa, pero solo, completamente solo. Para vivir solo, Padre, es preciso ser muy fuerte. He andado cien leguas para venir á cobrar fuerzas á tu lado; ¿quieres dárme las mañana por la mañana en la Misa?

Al día siguiente comulgó de manos del sacerdote, y después de orar y derramar abundante llanto de consuelo, se levantó:

—Adios, Padre. Ya poseo al que da la fortaleza, ya puedo vivir solo. Adios.

El salvaje y el misionero se abrazaron por primera y última vez en su vida; y mientras aquél estaba tranquilo y resignado, el misionero derramaba conmovido abundantes lágrimas al ver el heroísmo del neófito.

Noticias varias.—La *Pall Mall Gazette*, periódico de Londres, ha publicado la última parte de sus revelaciones acerca de la desmoralización londonense. Este periódico denuncia la complicidad de la policía con un alto comité de zurcidores de voluntades y agentes de la prostitución, y acepta toda manera que se proponga de contradecir sus afirmaciones, anunciando que Mr. Samuel Morley, miembro del Parlamento, y el cardenal Manning han consentido en formar parte del Comité

averiguador de la exactitud de sus revelaciones. *La Liga* añade que reina en Londres mucha efervescencia. La *Pall Mall Gazette* ha publicado con iniciales los nombres de las personas complicadas en el asunto; pero todo el mundo ha descifrado la fuga de letras. *La Liga* dice que los complicados son lord Fyfe, lord Douglas Gordon, lord Aylesford, sir William Faton, el rey de los belgas, sir Tywhit Wilson, y el príncipe de Gales. Por las calles pasean un cartel en que se lee en gruesos caracteres: «El príncipe de Gales en el lupanar de Mad. Jeffreys.»

—Se encuentran en Buenos-Aires, llegados de Burdeos, los señores presbíteros D. Luis Bontry y D. Fernando Ferrieu, misioneros apostólicos de la Sociedad de Misiones africanas de Lyon.


Son dos jóvenes sacerdotes franceses que han ejercido su ministerio apostólico durante algunos años entre las tribus salvajes de negros del centro del Africa, habiendo escrito una gramática y un diccionario de la lengua de éstos. Han ido al Río de la Plata comisionados por la sagrada Congregación de *Propaganda fide* con el objeto de buscar una cooperación eficaz á la cristiana y civilizadora misión de ésta.

Permanecerán algún tiempo en Buenos-Aires, y después de recorrer las diversas provincias de la república, pasarán á Chile.

—Los colegios que la Compañía de Jesús tiene en los Estados-Unidos se hallan muy florecientes, atendido el crecido número de jóvenes que en ellos reciben su educación, los cuales pasan de 6,000, y el excelente espíritu que en ellos reina. Nada digamos de las escuelas de pobres dirigidas por estos mismos Padres, pues en ellas hay nada menos que 20,000 entre niños y niñas, que reciben la instrucción primaria á expensas de la caridad cristiana.

Los jesuitas belgas tienen á su cargo, desde 1860, la Misión de la Bengala occidental y emplean en ella 94 individuos, de los cuales 56 sacerdotes, 19 estudiantes y 15 coadjutores. Con ellos sirven 10 iglesias, 50 capillas, 2 residencias y 30 escuelas, frecuentadas por unos 4,000 niños, de los que más de 3,000 son católicos. El año pasado bautizaron 900 paganos y 133 protestantes, y convirtieron á otros muchos en las kolas. La Misión progresa; pero desde que se inauguró, ha costado ya la vida á 28 religiosos. Así es como civilizan los católicos, dando sus sudores y su vida por la conversión de sus hermanos sin esperanza de humana recompensa.

MISIONES CATÓLICAS Y PROTESTANTES.

 ÉANSE los siguientes párrafos de un dictámen que M. de Bulow, protestante, ha publicado en la *Gaceta general de la Alemania del Norte* sobre la acción de los misioneros católicos y protestantes. Es una especie de apología de la vitalidad del Catolicismo. M. Bulow escribe desde las islas de Samoa:

«Lo mismo que en Europa, la Iglesia católica se distingue aquí de las confesiones protestantes en el celo con que moraliza á sus fieles y en que no pierde nunca de vista sus intereses espirituales, sin abandonar por eso la educación física y material. Atestigua en esta comarca su poderosa organización y su gran influencia sobre los hombres.

Conoció al primer golpe de vista cuál era el pecado capital de los habitantes, la pereza, y procura remediarlo tomando ella misma la iniciativa en el trabajo, enseñando á los indígenas á cultivar con provecho el campo y haciendo enormes plantaciones. Así es que las misiones católicas administran todos los territorios de las islas Fatara, Alopa, etc.

La acción de las misiones protestantes es enteramente distinta. Estos misioneros, salidos de los Seminarios de cualquier modo, vienen aquí llenos de orgullo, por más que en el fondo no sepan nada de nada y no brillen más que por su grosería.

No están nunca contentos con sus honorarios, que sin embargo son más que regulares, y únicamente buscan medios para aumentarlos. Una vez enriquecidos, fundan Misiones independientes sin volverse á ocupar

de los pobres indígenas. En las circunstancias más difíciles estos misioneros piden el dinero á los indígenas antes de hacer un servicio.»

Después de ponderar el descuido en que tienen los misioneros protestantes los intereses religiosos, hasta el punto de consentir los mayores vicios á los jefes de las tribus con tal de que no se vayan á las Misiones católicas, continúa M. Bulow:

«Lo primero que hacen los misioneros protestantes al llegar aquí es construir su habitación con las mayores comodidades posibles, y cuando ya la tienen piensan en construir una iglesia; precisamente al contrario de lo que hacen los misioneros católicos, que primero edifican una hermosa y sólida iglesia sin pensar en su alojamiento. Por una parte se ve el amor y el celo inspirados por una buena causa; por la otra se ve única-



MADURÉ (Indostan).—Herrero indio. (Pág. 340).

mente el afán de enriquecerse y de vivir con comodidad. Los indígenas protestantes, apenas tienen carácter alguno cristiano. No se trata de ideas ó convicción religiosa. En este punto nada ha cambiado; pero la moral pública es peor que nunca. Los sacerdotes católicos empiezan por la educación de la juventud, impidiendo la desmoralización por medio de las escuelas y congregaciones. Los protestantes quieren imitar estas obras, pero sus escuelas sólo sirven de focos de corrupción.»

Hasta aquí lo dicho por M. Bulow en las anteriores líneas. Es altamente consolador el relato hecho por un adversario de la religión católica, que al descorrer el velo y ocuparse de nuestros misioneros en las más apartadas regiones del planeta, no puede menos de reconocer sus virtudes, lamentar el contraste que forma la conducta de aquellos piadosos, humildes sacerdotes, con la vida muelle y disipada que observan los misio-

neros protestantes. Los unos consagran todos sus afanes á ilustrar al desgraciado indígena, llevando á su espíritu indómito y salvaje las puras y sublimes enseñanzas de la santa religión del Crucificado. Los otros, cúranse sólo de adquirir comodidades y honores, olvidando en absoluto su verdadera misión evangélica.

¡Qué hermosa confesión la de M. de Bulow! «La Iglesia católica—dice el corresponsal de la *Gaceta de la Alemania del Norte*,—allá en los países más apartados del viejo mundo, constantemente reanima y despierta la fe y el amor de sus fieles, velando á la vez sin descanso por sus intereses espirituales, sin olvidar un momento su educación física y su mejoramiento material; en tanto que la acción de los misioneros protestantes brilla por su abandono, su ignorancia, su orgullo y hasta su concupiscente grosería.»

La Iglesia católica, símbolo de pureza y amor, vuela

al abrigo de su cruz á todas las zonas, surca los mares, atraviesa los desiertos, abarca los continentes y allí donde existe la desgracia, donde gime el desvalido, donde la esclavitud impera, las magnánimas y sublimes Misiones llevan torrentes de luz, de caridad y de consuelo.

Terminaremos estos ligeros apuntes con las frases del ilustre Chateaubriand: «Nuestra Iglesia y sus misioneros no han menester de la pompa y vanidad de otras religiones; no necesitan templos de pórfido y marfil; bástales solo el miserable y solitario tronco de un árbol donde celebrar sus misterios, y un ignorado lecho de espinas donde practicar sus virtudes.»

LA SALVE REGINA

EN EL MONTE CARMELO.

Es una tradicion dominicana comenzar la recitacion del Rosario con la magnífica antífona: *Salve Regina*. Saludemos nosotros tambien al empezar nuestro viaje á la Reina del Santo Rosario, y es en el monte Carmelo en donde debemos rendirle este primer homenaje de nuestro amor, puesto que allí se encuentra por primera vez la aparicion de su culto y como los vestigios de sus pasos.

Cuando el peregrino desembarca en la Palestina por el Norte lo hace en la bahía de San Juan de Acre, en el pequeño puerto de Jaffa. Besa con fe de cristiano la tierra santificada por la presencia de Cristo, despues sube á la montaña del Carmelo.

Allí el Oriente aparece en todo su esplendor: el cielo es más profundo, el sol más resplandeciente; la vegetacion es en estos sitios tal cual apenas puede soñarla la imaginacion. Es preciso tomar prestada á la Biblia la sola expresion que puede pintar los encantos de este paisaje. Cuando ella quiere dar una idea de países los más fértiles y grandiosos, dice: «Bellos como el Carmelo.»

El más gran poeta de España, de esta católica nacion, que ha dado á la Iglesia á santa Teresa y san Juan de la Cruz, ha cantado tambien las bellezas del Carmelo:

«En la apacible Samaría, del lado donde el sol se pone, en una tumba de esmeraldas yace un gigante de flores.

«Verde Atlas de los cielos; en su hermosura parece un cielo que se remonta á otro cielo.

«El cierra el paso á los vientos; él se eleva hasta las más altas esferas; sería un pedazo del cielo, si sus colores fuesen iguales.

«Sobre él, el divino jardinero cultiva unas flores de variedad infinita, pero que todas conservan una semejanza de familia.

«De allí el venerable anciano partió, como un sol, sobre un carro de fuego, más rápido que los vientos.

«Aquel que dirige los rayos é inflama los vientos veloces, hizo eclipsar dos soles cuando abrazó en sus rayos el Carmelo.

«El Carmelo! Rosa espléndida, planta maravillosa; él tiene su cima tan radiosa que no se puede mirar; ella se anega en la luz.

«Lirio de castidad, jazmin suave, cuyos perfumes saborean con delicia los mismos cielos.

«Oh, Carmelo sagrado! Teresa es tu flor más exquisita; con ella no tienes que temer el rigor de los vientos que agostan y secan las plantas más hermosas.»

Estas magníficas estrofas de Calderon dan una idea de las bellezas que el viajero puede contemplar en el Carmelo, y de las impresiones que siente el cristiano visitando la santa montaña en donde vivieron los profetas.

Desde la cumbre la vista es incomparable. Se aperci-be delante de sí el monasterio, semejante á una inmensa fortaleza.

Despues, del otro lado del golfo, San Juan de Acre, en donde se conservan aún tantos recuerdos para un cristiano; á sus piés el mar tranquilo, surcado por algunas barcas pescadoras. Al Norte, la extremidad del llano de Esdrelon y el Cison que lo fertiliza; al Sur, la cadena del Carmelo, y más allá de esta cadena la tierra de Samaría con la rica vega de Saron; en fin, hácia lo alto el sol resplandeciente, inundando con su luz uno de los más maravillosos paisajes. El peregrino subyugado cae de rodillas para adorar al Dios «admirable en sus montañas,» el cual se ha complacido en prodigar en estas alturas todas las riquezas de la tierra, para la gloria de Aquella á quien destinaba para madre de su Hijo.

Pues sobre esta misma montaña, María recibió un culto especial, por los cuidados del profeta Elías, ocho siglos antes de su nacimiento. Hé aquí cómo el libro de los Reyes refiere la aparicion misteriosa:

«Elías subió sobre el Carmelo, en donde inclinándose hácia la tierra, puso su rostro sobre sus rodillas: despues dijo á su sirviente: Id y mirad del lado del mar. El sirviente habiendo ido á mirar vino á decirle: No se ve nada. Elías le dijo aún por siete veces: Volved y mirad.

«Y á la séptima vez apareció una nube pequeña, como la planta de un hombre, que se elevaba del mar.»

Esta nube que se levanta del lado del mar, sería segun los intérpretes, un emblema de la Virgen santísima. Ella nació en medio del mar, esto es del mundo, pero se eleva hácia el cielo para obtener junto con su pureza inmaculada su virginal fecundidad.

Ilustrado con la luz profética, Elías vió en esta graciosa figura Aquella que sus hijos honraron siempre como á su fundadora, y que el mundo entero saluda aún con los títulos gloriosos de Madre de Dios, gloria del Carmelo y Reina del Rosario.

Una tradicion constante enseña que santa Ana poseia sobre el Carmelo rebaños y una casa para sus pastores. Ella vino allí con su hija, cuya presencia debia dar á este lugar la consagracion suprema. Entremos, pues, en su santuario, para saludar á la Reina y Madre de la misericordia.

La Iglesia ocupa la parte central del edificio del monasterio. La puerta que da acceso á ella se abre del lado del mar. El altar en que María recibe los homenajes, es el que desde luego llama nuestras miradas. Elevado sobre el pavimento del templo, se sube á él por dos escaleras de mármol blanco; una bella imagen de la Virgen teniendo á su Hijo en los brazos le domina. María está sobre su trono; ¿no es acaso Reina? Ella es tambien nuestra vida, nuestra esperanza y nuestra dulzura. Ella dirige hácia nosotros sus miradas misericordiosas y nos presenta á su divino Hijo. Nosotros de rodillas la saludamos, proclamándola nuestra poderosa y amabilísima Protectora.

Debajo del altar hay una gruta cavada en la roca y convertida en capilla; mide cinco metros de anchura,

sobre tres de profundidad; su altura apenas llega á dos. Allí habitaron Elías y Eliseo. Estos dos nombres recuerdan una de las páginas más gloriosas del pueblo judío. Sobre la montaña el peregrino puede aún visitar la escuela, la fuente y el jardín de los Profetas; puede evocar todo lo que despierta en las almas cristianas el recuerdo de las Cruzadas y de los principios de este siglo. Pero no es nuestra intención hacer la descripción de estos lugares. Hemos querido solamente conducir el alma cristiana al santuario del monte Carmelo, para invitarla á saludar á la Virgen María.

Fr. Juan Momús.

EL PODER DE MARÍA.

El poder y la bondad de la Santísima Virgen tenemos todos los cristianos innumerables pruebas, pero á veces se complace la Corredentora del género humano en dar claras señales de ambos hasta á los mismos paganos. Véase, en prueba de ello, el siguiente rasgo que cuenta el P. Kopper, de la Compañía de Jesús.

«La aldea de Manapadam, situada en un país completamente pagano, sólo contaba un pequeño número de católicos, pero al menos Dios era fielmente servido por ellos, y su Madre tenía una modesta capilla.

«Largo tiempo hacía que no había caído una gota de agua en todo el territorio de Manapadam: la sequía era extremada y por todas partes las cosechas estaban á punto de perderse. Los indios habían recurrido ya á todas sus prácticas supersticiosas, pero en vano: el cielo permanecía cerrado y la tierra seca. Decidieron intentar un supremo asalto. Dudaban á cuál de sus divinidades habían de acudir en esta extrema necesidad, y en su duda, acordaron que la suerte decidiese.

«Tomaron once hojas de palmera y escribieron en cada una el nombre de una de sus principales divinidades. Algunos indios propusieron que se añadiera otra hoja en que se escribiera el nombre de María, protectora de los cristianos, y se aceptó esta idea.

«Se encendió un gran fuego en la plaza pública, y en presencia de todo el pueblo se arrojaron á él las doce hojas, declarando que se invocaría á la divinidad cuyo nombre respetasen las llamas.

«Apenas cayeron las hojas sobre ellas, cuando fueron devoradas y reducidas á ceniza. Una sola quedó intacta en medio de la hoguera: la que llevaba el nombre de María.

«No eran posibles las dudas, había que invocar á María. El pueblo pagano se dirigió precipitadamente á la capillita de María, exclamando: «¡Sólo existe el Dios de los cristianos, y su Madre es todopoderosa!» Y cada uno se puso á invocarla á su manera.

«Estos homenajes interesados, no dejaron de agradar á la Virgen. Apenas salieron los indios de su capilla, cuando el cielo se cubrió de nubes y una lluvia abundante vino á fecundar la tierra. Las cosechas estaban salvadas. María, sin embargo, hizo todavía más. Envió el rocío de la gracia sobre aquellos corazones estériles, y gran número de paganos, asombrados por los prodigios, se convirtieron. La hoja milagrosamente preservada de las llamas, se conserva en la capilla de María.»

UN SANTUARIO

DE NUESTRA SEÑORA DE LOURDES EN MATARIEH (EGIPTO).

La doctrina del Corán, en lo que se refiere á las perfecciones de la Virgen santísima, se parece en muchos puntos á la doctrina católica. Es cierto que Mahoma no admite el misterio de la beatísima Trinidad. «Dios, dice, no puede tener hijos»; pero en su libro añade; que Jesús es el Verbo de Dios (14, 169), que Jesús es el Mesías (IV; 156, 169), y que María, Madre de Jesús, le concibió sin dejar de ser virgen (III; 42; XIX, 20; XXI, 91, LXVI, 12).

Segun el Corán, María es Inmaculada: «Dios le dicen los Ángeles, te ha creado exenta de toda mancha. (III, 37)». Desde su nacimiento, Dios la preservó de los golpes de Satan, el apedreado, (III, 31).

Por esto es que los sitios memorables por el tránsito de Jesús y María en Palestina, son muy amados por los musulmanes. Un teólogo musulmán, Ibn-Batuta (1), escribe en la relación de sus viajes: «Los musulmanes iban en peregrinación á Belén, el tercer sitio por su santidad.»

En tiempo de las Cruzadas, los mahometanos veneraban con especialidad dos santuarios de la santísima Virgen en Siria, Nuestra Señora de Tortosa, iglesia cuya fundación se atribuye al apóstol san Pedro, y Nuestra Señora de Sardenay, cerca de Damasco.

Se refiere de un sultán de Damasco, que habiendo quedado ciego, hizo una peregrinación al santuario de Sardenay con una viva fe de que allí recobraría la vista. Confiando en la bondad de Dios se postró sobre la tierra y oró. Al poco tiempo se levantó, escribe M. Rey en su libro sobre *las Colonias francas en Siria* (página 295); vió la lámpara que ardía delante de la santa Imagen, y glorificó al Señor. Fijándose en seguida en la luz de la lámpara, prometió una renta anual de cincuenta medidas de aceite para conservación del alumbrado en dicha iglesia; renta que fué pagada exactamente hasta los tiempos de Nur-ed-Din.

En varias otras ocasiones, afirma el indicado M. Rey, Nuestra Señora de Sardenay ha obrado diversos milagros en favor de los musulmanes, segun nos lo aseguran las tradiciones locales.

Actualmente acaba de erigirse en Constantinopla un santuario dedicado á Nuestra Señora de Lourdes, convertido ya en centro de las oraciones más fervientes de los musulmanes, y de una multitud de curaciones milagrosas en beneficio de aquellos infieles, aunque llenos de devoción á la Inmaculada Virgen, Madre de Jesús.

¡Admirable preludio de otras gracias que todavía serán más abundantes! Principio probable de una acción directa de María sobre los corazones de los buenos musulmanes que practican la Ley natural en la simplicidad de sus espíritus.

¡Ojalá se edificaran en gran número en los países musulmanes los santuarios consagrados á Nuestra Señora de Lourdes! La Madre de Jesús, á quien Mahoma proclamó Inmaculada y siempre Virgen á pesar de su maternidad, es la única posible conquistadora de esos pueblos oprimidos por una ley religiosa tan tolerante para la impureza.

(1) Segun la versión, Lec. Siguiendo la interpretación de De-fremery y Sanguinetti, este tercer lugar santificado, es Jerusalén.

Maria Inmaculada, que aplastó por sí sola la cabeza de la serpiente, María Inmaculada arrojará los últimos brutales restos de esta serpiente inmunda.

Con este intento y en el mismo sitio que durante su destierro habitó la sagrada Familia en Matarieh, en Egipto, se está hoy edificando un santuario en honor de Nuestra Señora de Lourdes.

Cuando la sagrada Familia se vió obligada á buscar un refugio en Egipto, paróse junto á las ruinas de Heliópolis en un lugar llamado Mataréa, hoy Matarieh. Allí, fatigados los dos santos esposos, se sentaron encima de un monton de arena; la santa Virgen invocó al Señor, y un riachuelo que había desaparecido desde algun tiempo empezó á manar de nuevo con abundancia, y refrescó toda la tierra que les rodeaba.

La sagrada Familia permaneció cerca de diez y ocho meses por las cercanías de Heliópolis. Luego dejó estos lugares, subió hasta Thora, frente á Menfis, y á poco volvió á Heliópolis, estableciéndose en Matarea, en donde permaneció muchos años.

De suerte que el Egipto, testigo de una gran parte de la vida de Jesús y de María, es un lugar santo, como la Palestina.

El P. Jullien, de la Compañía de Jesús, actualmente superior del Colegio de la Sagrada Familia en el Cairo, es quien ha promovido la erección de un santuario en Egipto, consagrado á Nuestra Señora de Lourdes.

Ha escogido para ese intento el pueblo de Matarieh, lugar bendecido con tan larga permanencia de la Familia Santa. La Gruta de Nuestra Señora de Lourdes está junto á la fuente que brotó de nuevo á los ruegos de la Inmaculada, y que continúa manando al través de diez y nueve siglos. Es verdaderamente una fuente milagrosa, primera entre las muchas fuentes milagrosas de la Virgen, y hoy reproducida de un modo tan magnífico por la fuente de Lourdes.

Los muros de la Gruta de Lourdes en Matarieh, ya empiezan á levantarse sobre el nivel del suelo.

«Si la santa Familia, escribe el P. Jullien, nos envía los fondos necesarios, habrá sobre la gruta una pequeña capilla consagrada á la Trinidad santísima de la tierra, que dominará toda la llanura de Heliópolis. Un hábil arquitecto de París ha trazado el plano y el diseño de la capilla, y el Padre General nos ha enviado de Roma, para el altar de esta capilla en proyecto, un hermoso cuadro de la Familia santa.»

A TRAVÉS DEL INDOSTAN.

TIPOS DEL MADURÉ.



L. P. Fabre, de la Compañía de Jesús, misionero del Maduré, al remitirnos los grabados que publicamos en el presente número, nos escribe:

«Los micas que os transmito representan algunos tipos del país, carpinteros, cerrajeros, barberos, etc.

«Aquí el asentarse en cuclillas puede decirse que es la posición nacional, aunque verdad es que en la India sólo hay castas y no nación. Aquí se come, se conversa, se delibera, se descansa en cuclillas: en esta posición el obrero forja, afeita, acepilla, fabrica dijes, y aún espera paciente la muerte. Así el carpintero no tiene necesidad de mesa para su trabajo, ni el cerrajero de yunque: todas sus herramientas se reducen á un martillo, un par

de tenazas y un fuelle lo más sencillo del mundo: golpeará y forjará con el primer pedazo de hierro que le venga á mano; y su paciencia hará que se salga con la suya, pues un indio nunca tiene prisa.

«El barbero es quizá el más listo y hábil. Sentado en el suelo ante su paciente, en igual posición, en un santiamén rasura una cabeza. Bien es verdad que se es barbero de padres á hijos, y eso hace más de dos mil años, pues hay la casta de los barberos, como la de los cerrajeros, tejedores, carpinteros; imposible, por lo tanto, no ser cada cual sobresaliente en su arte.»

MISCELÁNEA.

Costumbres americanas.—Rasgo de costumbres judiciales de los Estados-Unidos.

Hace algun tiempo fué destituido de su cargo el Pastor protestante T. O'Connell, porque se emborrachaba antes de predicar. Apeló, pero no satisfecho del modo como su abogado, Sanderson, dirigía el negocio, rehusó pagarle los honorarios.

Acudieron ante el Juez, y el Rdo. O'Connell comenzó su queja; pero interrumpido por Sanderson, se estableció un tiroteo de improperios entre uno y otro que daba gozo.

El reverendo decía:

—Cuando V. se burla parece V. un mono. Ruego al honorable Juez que le mire á V. y me diga si no es uno de los eslabones de la especie darwiniana. Ríase V. lo que quiera; pero V. es un vil, un embustero de la peor especie, indigno de la confianza de un cliente, y si el Tribunal de London (Ontario) tuviese respeto á sí mismo, no le escucharía á V. siquiera.

Sanderson, saltando de coraje á este insulto, le gritó al Juez:

—Vuestro honor (vueseñoría), si no hace callar á ese hombre, lo pateo.

O'Connell:—¡Usted patearme! ¡A mí! Lo cogería á M. por el pescuezo y le arrojaría por la escalera. ¡Patearme V.! Lo echaría á V. por la ventana y habría un bribon menos en London.

Desahogada así la cólera del reverendo, tomó el hilo de su argumentación y terminó con estas palabras: «Mientras el juez Elliott se siente ahí, se hará justicia. Pero no es menos cierto que el abogado Sanderson es un embustero y un pillo, y conviene que el Tribunal lo sepa.»

La audiencia continuó sin ningun otro incidente.

¡Qué tranquilos y qué modosos son los norte-americanos delante de los tribunales de justicia!

Templos grandiosos.—Es curiosa la siguiente estadística publicada por un periódico italiano acerca de los templos mayores del mundo.

Á la cabeza de todos figura San Pedro del Vaticano, con su cúpula apoyada en las nubes, como decía Miguel Angel y cuya mole solo se contempla bien á bastantes kilómetros de distancia; puede contener 45,000 personas. La catedral de Milan tiene cabida para 37,000; la de San Pablo, de Roma, 32,000; la de Colonia 30,000, San Pablo, de Londres, y el Patrocinio de Bolonia 25,000; Santa Sofia, de Constantinopla, 23,000; San Juan de Letran 23,000; Nuestra Señora de París 21,000; la catedral de Nueva-York 13,000 y la de Pisa y la de San Estéban, de Viena, 12,000.